



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

9
SHILICOLOGIA:
GENIO Y FIGURA
Por Moisés Chávez





PROLOGO

Shilicología 9: Genio y figura es el noveno volumen de la Serie SHILICOLOGIA de la Biblioteca Inteligente.

La Serie SHILICOLOGIA consta de 16 volúmenes. Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

SHILICOLOGIA	1	Historias de infancia
SHILICOLOGIA	2	Aventuras en pañales
SHILICOLOGIA	3	Sueño y realidad
SHILICOLOGIA	4	Los shilicos franchutes
SHILICOLOGIA	5	El Doctor Nelo
SHILICOLOGIA	6	El Diario del Capitán
SHILICOLOGIA	7	Mitología de Celendín
SHILICOLOGIA	8	Aventuras mitológicas
SHILICOLOGIA	9	Genio y figura
SHILICOLOGIA	10	El Señor Mackay
SHILICOLOGIA	11	El Fuscán
SHILICOLOGIA	12	Los Portugueses del Perú
SHILICOLOGIA	13	Arqueología de Celendín
SHILICOLOGIA	14	Lexicografía de Celendín
SHILICOLOGIA	15	Introducción a la Shilicología
SHILICOLOGIA	16	Loca Odisea-Perú 2024

* * *

La Serie SHILICOLOGIA intenta rescatar con enfoque antropológico algunas tradiciones de los celendinos —o shilicos— y representa un eslabón más en la producción literaria de nuestra tierra por medio de sus hijos que la añoran. Y si de yapa quieres fotos, todos los shilicos siprallas, las encontrarás en el volumen introductorio BIBLIOTECA INTELIGENTE de EL GRAN PBI y de nuestra página web Biblioteca Inteligente.

La secuencia de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA va desde sencillas historias infantiles hasta su tratamiento sistemático y su análisis antropológico en los últimos volúmenes y de manera especial en el Volumen 15, que lleva por título, *Introducción a la Shilicología*, que si va al final es porque requiere de los fundamentos puestos en los volúmenes que le anteceden.

* * *

La Serie SHILICOLOGIA tiene tres partes bien demarcadas:

1. La primera parte abarca los volúmenes 1-3 que forman una mini serie de historias de infancia, sobre todo de la infancia del autor en Celendín, su ciudad natal.

2. La segunda parte abarca los volúmenes 4-11 e incluye historias de personajes que resaltan en la historia de Celendín:

Los shilicos franchutes enfoca tanto a los shilicos chistosos que hablan mochando las palabras como en el francés hasta aquellos que enfocaron seriamente sus aspiraciones en las universidades de París y lograron éxito en aquellos años cuando la cultura francesa inundaba el mundo y aun en el día de hoy. Entre muchos mencionamos al Gral. José del Carmen Marín, el Dr. José Marín Gonzáles, el escritor Alfredo Pita, etc.

El Doctor Nelo rescata algunos recuerdos del Profesor Daniel Quiroz Amayo, que con toda justicia y en el noble sentido de la palabra ha sido designado el “Quijote de Celendín”, porque Celendín fue para él su encantadora Dulcinea.

El Diario del Capitán contiene historias que con el tiempo se han ido entretejiendo alrededor de la memoria de mi abuelo, el Capitán Don Zaturino Chávez Baella, héroe de las campañas de San Juan y Miraflores para la defensa de Lima, la Capital del Perú, en la Guerra del Pacífico.

Mitología de Celendín debe su título, no tanto a la antropología cultural, sino a sus historias infantiles relacionadas con el mito o arcilla con que los niños pequeños jugamos a ser Miguel Angel. La historia intitulada “La dimensión del mito” parodia el poema del poeta celendino, Julio Garrido Malaver, “La dimensión de la piedra”, con que ganara los Juegos Florales en Trujillo.

Aventuras mitológicas, como el volumen anterior, presenta fantasías del tipo de “Los Rougrats”, de chicos en la edad de jugar con mito.

Genio y figura, presenta con nombres, apellidos y apodos a personajes típicos de la vida de nuestro pueblo.

El Señor Mackay soy yo mismo en los días de mi infancia y a lo largo de la vida. Esta obra está estrechamente relacionada con mi obra poética, *Filosofía de la vida*, el Volumen 2 de la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS de la Biblioteca Inteligente.

El Fuscán, “El Buscador de Oro”, epíteto del Amauta Alfredo Rocha Segarra —Segarra con “s”, como él quería—, es también el título de mi obra que intenta pintar con palabras-acuarelas su polifacético perfil humano y shilico.

3. La tercera parte está formada por los volúmenes 12-16 que definen y sistematizan conceptos relacionados con lo que hemos venido a llamar, “Shilicología”:

Los Portugueses del Perú es una antología de historias cortas o “tradiciones” relacionadas con la Shilicología, porque la tradición oral en Celendín dice que sus primeros habitantes eran “portugueses” que vinieron del Brasil por las rutas no-rutas de la Amazonía. Este volumen incluye algunas de las *Tradiciones Peruanas* de Don Ricardo Palma

Arqueología de Celendín trata de la Segunda Expedición Arqueológica a Celendín y a las ruinas de La Chocta en Oxamarca, que tuvo lugar en 1973 bajo la dirección de este servidor con los auspicios de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUC). La Primera Expedición tuvo lugar en 1937, bajo la dirección del Dr. Julio C. Tello.

Lexicografía de Celendín sale a la ayuda de nuestros lectores que no están acostumbrados al habla de nuestro pueblo. Es una guía sobre vocablos del español antiguo o del portugués, así como del quechua regional de los Choctamallques que se basa en los apuntes de mi padre, Don Juan Chávez Sánchez, y de mi sobrino predilecto, el Sabio Arquímedes (El Quime). Cuando no entienda algunas de nuestras expresiones shilicas recurra a esta obra o a las notas de nuestra obra, *El Diario del Capitán*, indicadas en su texto mediante números exponenciales.

Introducción a la Shilicología aglutina y analiza la información de los volúmenes precedentes. En realidad somos los primeros en acceder al concepto de “Shilicología”, si bien ya se ha difundido en otros países, sobre todo en Francia.

Loca Odisea-Perú 2024 tiene características distintas de las anteriores pues presenta más bien un viaje de peregrinación a Celendín, un viaje y un recorrido como el que hacemos todos los shilicos que desde todos los rincones del mundo volvemos a nuestro terruño aunque sea para respirar su aire por unas cuantas horas.

* * *

Si la lectura de los volúmenes de la Serie SHILICOLOGIA te abre el apetito, te diré que historias relacionadas con Celendín están regadas a lo largo y a lo ancho de EL GRAN PBI y de la página web Biblioteca Inteligente especialmente en la Serie DIALOGO VITAL y la Serie HISTORIAS ESCOGIDAS.

Para profundizar lo que respecta a las historias cortas de la Serie SHILICOLOGIA accede a nuestro programa informático EL GRAN PBI y visita nuestra casa en internet:

www.bibliotecainteligente.com

A continuación te damos la llave para que dentres. Y cuando sales, cierras bien y dejas la llave sobre el batán, pero bien escondidita debajo del chungo, para que nadie más la encuentre:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a nuestro programa informático, EL GRAN PBI —Programa Biblioteca Inteligente—, para ser instalado en vuestras computadoras personales e incluso en vuestros teléfonos móviles con el contenido actualizado de la página web Biblioteca Inteligente, consulta a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarbup@gmail.com

Al mismo email escribe para recibir regularmente *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que continuamente publica temas relacionados con la Shilicología.

¡Bienvenido al apasionante mundo de la Shilicología!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO

PROLOGO

HISTORIAS CORTAS

1

HONORIO EL FILOSOFO

2

UN TRAJE DE LUCES AZUL

3

LA POZA DEL CURA

4

EL FANTASMA DE PADRERUME

5

EL TORO DE LA GUAYABINA

7

6

TRIQUIÑUELAS DEL PADRE CAYETANO

7

EL INDIO CATEQUIL

8

EL JINETE NEGRO DEL MUTUY

9

LAS GUAYABAS DE LA TRANCA

10

LA DISCRETA ENAMORADA

11

SU SECRETO DEL BASASI

12

HUELLAS EN EL ALMA

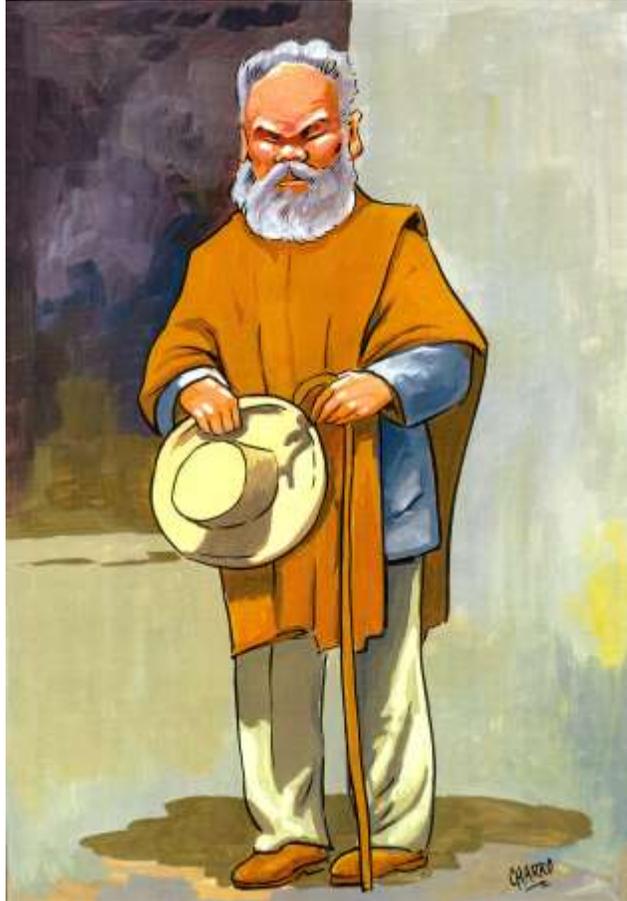
13

EL LIBREPENSADOR

14

MI PAPI DAVID

1
HONORIO EL FILOSOFO



A Don Honorio, para serte honesto, yo no le alcancé a conocer.

Yo soy de la generación del Trío Dinámico, formado por el Mudo Miguelino, el Lagañoso y el Loco Israel; cada cual con su respectiva filosofía de la vida, y de quienes, a pesar de las desventajas que les deparó su existencia, todos los celendinos hemos tenido algo que aprender. Por eso les amamos y les recordamos; por eso celebramos sus ocurrencias, y nos divertimos imaginándolos, lo que constituye para ellos y también para nosotros una especie de gratificante resurrección.

Don Honorio ya había muerto cuando yo era pequeño, y de su nombre e ingenio sólo escuché de labios de mi madre y mi padre, amén de otras personas de nuestra tierra, como Don Pompeyo Silva, su vecino que vivía a pocos pasos de su barda. A menudo él celebraba sus ocurrencias atragantándose con la risa.

El hecho es que su nombre y su recuerdo perduran entre nosotros, y he quedado con la impresión de que él fuera un filósofo que acostumbraba a proferir frases y expresiones rimadas, como éstas:

*El que tiene tienda,
¡que la atienda!*

*¡Anda quéjate a tu abuela
o a tu maestra de escuela!*

*¡No te preocupes, mujer!
¡Lo volveremos a hacer!*

A él también se le señala como el que inventó la frasecita ésa de, “¡Hoy por mí; mañana por ti!”. O la que dice, “Hoy no fio; ¡mañana sí!”, que antes se veía escrita en un letrerito colgado en cada tienda de abarrotes en la villa de Celendín.

Es que no faltaban los avivados que le pedían fiados sus periódicos que él vendía, para leérselos y devolvérselos sin comprar. El les enseñó en la práctica que aunque fueran pasados, tenían su valor y su justo precio, como todas las cosas en el Universo.

* * *

Su nombre era Honorio Malaver y vivía en el barrio de Colpacucho (ahora el Rosario), pocas cuadras más abajo de la Plaza de Armas. De allí subía temprano cada mañana hacia la plaza donde se disponía a aceptar cualquier trabajito o cachuelito honrado que le hiciera merecedor, al medio día, de un buen plato de verde, o un mate de puspumote, o un tazón de papaseca con palta o una que otra monedita de a medio o de a real. “A las pesetas”, como él solía decir sonriendo, “no las he visto jamás.”

Es que era ciego de nacimiento, y también le faltaba el hueso nasal, aunque eso no parecía afectar demasiado la entonación de su voz, porque para lograr una elegante y potente elocución conocía el secreto del poder acumulado en sus pulmones.

Cuando mi padre lo describía para que yo me lo imaginara y lo dibujara con un pedazo de carbón sobre el cemento de la vereda, comparaba su cara con la del busto del gran filósofo griego Sócrates que estaba en una foto de mi Tesoro Escolar. El decía: “Fíjate bien en la nariz de Sócrates; se parece a una cebolla.” Y recurriendo al contagioso estilo rimado de Don Honorio, concluía:

*Así era de ver
su nariz del Honorio Malaver.*

* * *

Aparte de ser ñato de remate, su cara rechoncha terminaba por arriba en una frente alta y despejada, y por abajo en una barba poblada que en sus últimos años adquirió la coloración de las garzas de la campiña.

Otra característica suya, típica, era su poncho a rayas color chicha de jora, cuyos extremos casi rozaban el suelo.

También se le recuerda por sus pies bien calzados, en esos tiempos cuando estaba de moda andar descalzos.

Su bastón era de lloque, y junto con su potocho shilico, que casi nunca llevaba en la cabeza, lo sostenía con los dedos de ambas manos, pegados a su vientre. Esta postura le

concedía cierto aire clásico, y parecía que toda la vida fue para él un momento de reverencia a la Virgen del Carmen a su paso en emotiva procesión.

* * *

Su tamaño pequeño, que a las justas llegaría al metro y medio, y su contextura débil, contrastaban con su gran personalidad y su habla filosófica y docente. En su presencia nadie se atrevería jamás a burlarse de él y de nadie. Aunque en su ausencia las mamás tomaban en vano su nombre para asustar a los chicos que no querían tomar la sopa o la medicina. Les decían: “¡Si no lo tomas, masque lo llamo al Honorio!”

Es que a algo tenían que recurrir esas pobres madres shilicas, y por ello Don Honorio nunca se las echó en la cara.

* * *

El era de una familia muy pobre y humilde, por lo cual, para ganarse la vida, tenía que trabajar haciendo de todo. Algunos le recuerdan sentado junto a los asoleados pretiles de los patios de algunas casas de la villa a donde lo llevaban para que parchase las bateas rajadas con láminas de hojalata y tachuelas, ¡todo al tacto!

Cuando una vez a las quinientas llegaba el periódico a la villa, se le veía en las cuatro esquinas de la Plaza de Armas con su fajo de periódicos pasados en el sobaco, y el poncho tirado por detrás de sus hombros, anunciando a viva voz los titulares de las últimas noticias mundiales e inclusive transmitiendo el texto exacto de los artículos de fondo que alguien de buen corazón se los leía de antemano: “¡Cayó Hitler! ¡Hoy los Aliados entraron en Berlín!”

* * *

El retenía en su prodigiosa memoria, con gran precisión, toda aquella información, y maravillaba a la gente porque daba la impresión de que podía ver y leer. Pero él era tan sencillo que jamás haya oído que existe el método Braille para leer con las yemas de los dedos lo que está escrito con puntitos en relieve.

Pero la naturaleza le había deparado una gran compensación: El tocaba la quena a las mil maravillas, y como el Flautista de Hamelin, que al tocar su flauta era seguido por todos los ratones de la villa, Don Honorio Malaver siempre andaba rodeado de una horda de muchachos callejeros que lo secundaban y lo hacían muy feliz.

Un artista como él siempre sería bienvenido en las fiestas familiares donde comería a tutiplín, aunque nunca llegó a engordar. Quizás por él se dice en Celendín que alguien “come como músico”, aunque no lo creo, porque él se describía a sí mismo como “comedido”, es decir, “comía medido”. Observa su obsesión por la rima que le caracterizaba.

* * *

También tocaba su quena en los velorios, donde entre pieza y pieza derrochaba frases y expresiones rimadas de profundo contenido filosófico y humano:

*El rimaba sus dichos
y les daba tonada.*

*A cambio de nada
alegraba velorios
y sofocaba penas.*

*Su filosofía de la vida
impera en la villa,
y uno no se lo imagina
sin su hábil quena.*

*El decía que veía
cuando no miraba,
y se hacía el que reparaba
cuando no veía.*

*Parecía que leía
el bando en la esquina,
y blandía el bastón
para molerle los nudos
al que se hacía su puctina.*

* * *

Otras veces se solicitaba sus servicios como pregonero en los remates y subastas organizadas por la Municipalidad. De su carpeta de Judas mandaban a sacarlo y lo subían al celeste balcón principal del Concejo para que actuara como “apuntador” del concejal Don Toribio Pereyra.

Otras veces Don Honorio repetía en voz alta y con majestuosidad las palabras que alguien leía en voz baja detrás de él, sin ser visto por la concurrencia que poco a poco se congregaba abajo en la calle empedrada para escuchar las novedades y divertirse, antes que para comprar algo. Pues más que todo acudía la gente para ver al ciego que actuaba como si realmente veía.

Pero más es recordado en su rol de pregonero en los bandos organizados por la autoridad municipal.

En nuestra villa todavía quedaban en aquellos tiempos algunos rezagos de las costumbres coloniales del Virreinato cuando un bando público era precedido por el estruendo del bombo y de los redoblantes, y los clarines que acompañaban a los pregoneros de cuadra en cuadra y de esquina en esquina. El sonido del redoblante precedía la lectura del texto del bando en medio del silencio y la solemnidad.

* * *

* * *

Otros, que no tenían coche que matar, lo llamaban para pelar papas para hacer papaseca, o para hacer guayungas para secar el maíz colgándolo de las vigas para salvarlo en lo posible de las ratas, o para rellenar salchichas y amarrar rellenos, o para trenzar chantes y soguillas sobándolos encima de sus canillas.

Y los que no tenían ningún otro pretexto, le invitaban para que tocara su quena en sus casas, a donde él acudía con paso acelerado del brazo de su anfitrión y seguido por una horda de muchachos pateperros que se contaban entre sus fieles admiradores.

* * *

Pero como dijimos, Don Honorio Malaver es más recordado por sus frases filosóficas con rima poética. No seríamos justos si dejamos de resaltar este hecho.

Cuando lo mandaban a comprar fósforos o velas, o leña de eucalipto, o una libra de azúcar, y encontraba la puerta de la tienda cerrada, despotricaba diciendo:

*¡El que tiene tienda,
que la atienda!”*

Quizás a este criterio se debe que el comerciante shilico se caracteriza y debe su prosperidad a su constancia y al hecho de que siempre lo encontrarás detrás de su mostrador, a la espera de sus clientes a quienes atiende con esmero, mientras les cuenta alguna anécdota jocosa o les encarga cariñosos saludos para su papacito o para su mamacita, o para la niñita de sus ojos.

Quizás nada le hacía requejarse más a Don Honorio que ir en vano y encontrar la puerta de una tienda cerrada sin que fuese hora de cerrar. Y cuando eso ocurría, no perdía la oportunidad de volver al día siguiente para llamarle severamente la atención al dueño o a la dueña, diciéndole: “¿Y para qué pues tienes tienda vos? ¿Para tenerla cerrada y dejar que tus clientes se vayan a comprar en otra tienda? ¡El que tiende tienda que la atienda!”

* * *

Y hablando de tiendas también se cuenta que lo tenía en alta estima a Don Chocho, y cuantas veces le tocó pasar por su ferretería y despacho de añilinas en la esquina de la Plaza de Armas, le felicitaba diciendo: “¡Chocho, ahí estás, porque te oigo y te huelo!”

Y si eso ocurría en una mañana bañada por los rayos del Sol, dizqué le decía:

*¡Nada de mañas!
¡Lo que es hoy, te me bañas!*

Es que por eso le decían “Chocho”, porque atendía a la gente chocheando de felicidad, entonando siempre la misma tonada gregoriana, que sus hijos heredaron juntamente con la tienda de la esquina.

* * *

¡Cuántas veces habrá hecho y dicho esto este hombre de gran personalidad, que sus palabras se han convertido en adagios y proverbios y refranes que contribuyen a educar a la gente y a perfilar el alma de nuestro pueblo shilico.

Don Pompeyo Silva, que como dije, vivía a pocos pasos de su barda, cuenta que en una mañana primaveral se presentó el ciego junto a su puerta con el tiempo extendido bajo el poncho para “nashaquear”, que es una manera de referirse a la práctica de matar el tiempo.

Entonces el Pugo Elías, que era un quemasangre, se divertía tirando de rato en rato una de las puntas de su poncho. Don Honorio, fingiendo no molestarse, lo estaba “curando”, y en el momento menos pensado le asestó un bastonazo en el dorso de la mano, diciéndole:

*¡Anda quéjate a tu abuela
o a tu maestra de la escuela!*

También esta frase con rima se ha hecho popular en Celendín para decírsela a alguien que se ha hecho merecedor de un buen sopapo o de un sonoro caihuinazo, o de un golpe certero en la calavera con el culo del calero.

* * *

Como esta expresión, muchas otras forman parte del habla popular de Celendín, sin que a veces tengamos noticias de cómo ni cuándo se originaron. Tal es el caso de la rima que dice:

¡No te preocupes, mujer!
¡Lo volveremos a hacer!

¿Quieres que te cuente cómo se originó esta rima de Don Honorio?

Se trata, quizás, de la historia que más ha contribuido a eternizar la memoria del Ñato más que toda otra y que a todas luces atestigua de su ingenio.

Las cosas dize que ocurrieron en Balsas, un pequeño y fogueado poblado escondido en un recodo de árboles gigantescos junto a la orilla oriental del río Marañón, que corre bien hondo por entre las montañas eternas de los Andes del norte. Seguramente el poblado deriva su nombre del hecho que sus habitantes no tenían otra cosa que hacer para matar el tiempo que esperar a los transeúntes que cruzarían el río de una banda a otra banda, para pasarlos en sus balsas a cambio de unas pocas monedas. Entre ellos se hizo famoso el Lucho Balsero, mi compañero de aula en la Escuela N° 81.

Eran aquellos tiempos cuando no había puente para cruzar el río, y nadie mejor que los balseros conocía la psicología del río que desde las alturas de La Fila parece una serpiente de oro que con su movimiento vibratorio y oscilante hipnotiza a los viajeros. Así describe Ciro Alegría al río Marañón en su novela costumbrista, *La serpiente de oro*, cuando arrastra la tierra dorada de los huaicos y relaves después que ha llovido.

* * *

Allí en Balsas tuvo lugar la fiesta de matrimonio de Doña Carmen Chacón con aquel caballero cuyo nombre no me ha sido posible averiguar. Ellos no vivían allí, pero escogieron que su boda tuviera lugar en ese abrigado lugar que escondía recuerdos de su romance, de la misma manera que los millonarios de Celendín lo han agarrado de bajada a Huacapampa para contraer nupcias y celebrar divorcios.

En aquella ocasión lo llevaron a Don Honorio a Balsas para que tocara su quena con un conjunto de músicos invitados a esa ruidosa fiesta familiar. Justamente, el niño que gateaba debajo del tabladillo improvisado para los músicos, ¿qué era hijo de los novios, porque ellos, ¡cuandazo nomá sique se habían hecho currún currún coche!

* * *

Don Pompeyo Silva, que cuenta el incidente con más gracia y humor, dice que a Don Honorio lo “quirmaron” o apuntalaron con banquitos de palo de balsa para que no se viniera abajo del escenario. Pero en lo mejor de su actuación y del baile, volaron las “quirmas”, y el Honorio fue a parar de narices encima del niño que gateaba justo ahí abajo.

El novio y padre del niño se quedó mudo de espanto, y la novia exclamó:

—¡Honorio, maldiciáu! ¡Ya lo mataste a mi hijo!

Y el ciego le contestó, sobándose:

*¡No te preocupes, mujer!
¡Lo volveremos a hacer!*

Las risas de todos los invitados fueron la evidencia de que el ingenio del Honorio fue lo mejor de la fiesta, aparte de que, providencialmente, nada le ocurrió al bebé.

Hasta ahora no se deja de comentar el hecho, porque como decía Don Honorio, “¡lo hecho, hecho está!”

* * *

Gracias a Dios no pasó nada grave, porque el bebé se escabulló por debajo del tabladillo, y Don Honorio lo sintió. Y tras el susto y el llanto, el bebé prosiguió gateando sin ninguna novedad.

Al Honorio y a su quena lo levantaron en alto y lo aventaron de nuevo encima del tabladillo en medio de aplausos y vivas. El hombre cayó justo en su lugar, en medio de los otros músicos, y de nuevo llenaron de ritmo y de sabor la sala de baile.

El primero en restaurar la alegría y el humor festivo fue el novio, y luego se pegó a él su melosa mujer para brindar con todos los invitados por los músicos y por Don Honorio Malaver.

Y cuando le cedieron la palabra a la novia, ella dijo ruborizada y risueña, en el más pulcro estilo rimado del vate shilico que era lo único de él que en realidad se le había logrado pegar:

*Con el Honorio Malaver. . .
¡Nada que ver!*

* * *

Todos prorrumpieron en carcajadas y aplausos, aunque su novio dizqué la miraba lascivamente de reajo, y los invitados a la fiesta se carcajeaban del show, del cual, de repente, quedó ausente el artista principal: Don Honorio con su quena y su sombrero sostenidos a la altura del vientre parecía mirar con zozobra arriba, al techo que empezó a crujir.

La tormenta y el aguaceral se anunciaban, y de seguro la Serpiente de Oro habría de hervir.

* * *

Yo termino mi versión de las cosas diciendo más bien:

Con el ciego Honorio Malaver. . .
¡todo que ver!

Porque con respecto a él hay mucho que rescatar de las sombras del pasado y del eco del presente. Y espero que mi versión de su historia pueda estimular a otros que como yo no le conocieron, pero retienen en sus corazones sus dichos rimados y llenos de saber y de filosofía de la vida.

Tantas veces yo había escuchado el dicho, “No te preocupes, mujer. . . ¡Lo volveremos a hacer!” Pero dirigido, no precisamente a una mujer, sino a cualquier persona pesimista y medrosa, como cuando le alcanzan una huminta a un abreboza y le dice: “Toma. . . ¡Pa tu leche!”

Gracias a Don Pompeyo Silva, las cosas se me aclaran de manera providencial.

* * *

Por eso, porque la personalidad del ciego shilico me llegó a impresionar tanto, sin haberlo conocido, me propuse un día visitar Celendín para entrevistar a quienes le conocieron en la vida y viven todavía. Como ya no están ni mi padre ni mi madre, busco a los viejos de su generación que todavía deambulan como fantasmas en la Plaza de Armas y en el barrio de Colpacucho.

También pensé en entrevistar a las personas de alguna manera vinculadas desde antaño con el ejercicio municipal. Intento unas veces recuperar alguna más de sus expresiones rimadas y cargadas de filosofía de la vida, y otras veces conocer el contexto vital en que surgieron tantos otros dichos suyos que ahora forman parte del habla popular.

Y siempre me acompaña la imagen de Don Honorio descrita por mi padre: “El era como Sócrates, el gran filósofo griego; no sólo por su nariz de cebolla, sino porque de las peripecias de la vida podía derivar grandes lecciones que han modelado el alma shilica.

Y algo más de yapa: Así como Shakespeare enriqueció tanto al idioma inglés, así nuestro Shakespeare shilico enriqueció el habla popular de Celendín y la filosofía de la vida de los shilicos.

Contar la vida de Don Honorio Malaver
¡Sería largo haber!

2 UN TRAJE DE LUCES AZUL



“Tras haber sido ordenado sacerdote, el Padre Cayetano vino a Celendín de España hacia el 1770, año del Señor, el mismo año que se hundió en la bahía de Vigo el convoy de galeones lleno de oro y plata procedente del Nuevo Mundo.”

Así empieza a reconstruir la historia el antropólogo shilico, Jorge A. Chávez Silva, “El Charro”.

El vino para atender la empresa de la construcción de la Iglesia Matriz, pues los sacerdotes diocesanos le habían informado que Celendín era villa de españoles.

Se rumoreaba que tras ser ordenado sacerdote, paseó su índice sobre un mapa del Virreinato del Perú, y la yema de su dedo se fijó en la palabra “Celendín”.

Se embarcó en el primer galeón del mes, y tras pisar suelo peruano siguió viaje a lomo de bestia enfrentando el reto de los Andes. Le acompañaban tres peones y tres mulas cargadas con dos baúles y un pequeño arcón andaluz.

* * *

Tendría entonces veintiocho años de edad.

Su garbo, su halo de inocencia y la frescura de su aliento en la intimidad del confesionario, impactaron tanto a las mujeres de mi tierra, que empezaron a asistir a misa en masa, y suspiraban cuando la punta de sus dedos las rozaba al darles su bendición.

Los pocos momentos que le vieron reír eran cuando salía de la iglesia al frente, al pampón destinado para la futura Plaza de Armas, y con los niños jugaba por un momento a la corrida de toros con emoción infantil. Las testas bravas eran de penca, y de pencas las banderillas y la espada de mataor.

Las mujeres se detenían para abrir su boca, pero nadie pudo penetrar en su misterio, hasta que una noche, entre copas, el cura se confesó.

* * *

Se había criado en la aldea de Santiponce, en la otra banda del río Guadalquivir, viendo zarpar de Sevilla a los galeones que irían a las Américas.

De mozo empezó a frecuentar las dehesas en las noches de luna, para capear a los toros tras cebar con vino de Jerez al caporal.

Después capeó en las ferias pueblerinas, y llegó a lidiar en Córdoba, en Granada, en Málaga, en Cádiz, en Jaén, y finalmente, en Sevilla, el broche de oro de la afición.

A eso se debía su afán de inmiscuirse en los juegos taurinos de los niños shilicos.

* * *

Ni bien llegó a Celendín se mandó construir una casa de retiro de plano hexagonal y ceñida de rosas; sólo rosas.

La gente la llamaba “la Concertina”, por su plano hexagonal. Nadie supo el por qué de su diseño hexagonal, aunque, al juzgar por otros detalles y hechos de su vida, plagados de simbolismo y revelación, algo tendría que revelar su forma también. El hecho es que no obstante que gustaba tanto, a nadie, que yo sepa, se le ocurrió imitarla construyendo una casita igual.

Tenía dos pisos y un amplio balcón corrido alrededor, sostenido por columnas de madera labrada y hermosos barandales hasta donde alcanzaban lozanas las ramas del rosal. Por la misma razón de su estructura, las paredes del primer piso eran anchas, comparadas con las del segundo piso, que lucía un espacio mayor.

Sus puertas y ventanas estaban pintadas de azul y lucían sobre el fondo blanco de las paredes.

Su techo era de tejas rojas como la sangre.

Su escalera estaba en el exterior, en el costado sur del hexágono. Estaba formada por dos palos labrados tendidos desde el suelo hasta una viga del segundo piso. Los escalones eran de tablas horizontales, y sus pasamanos, como todos los barandales, estaban pintados de azul.

En el alar y junto a la entrada en la parte trasera construyeron un horno de cúpula, que quizás no formaba parte del diseño original, que habría tenido una simple vicharra o fogón.

En el patio trasero mandó hacer, para deleite de sus patos, una fuente circular de piedras labradas unidas con argamasa, que en su conjunto parecía un minúsculo coso

taurino español. Y al fondo, al oriente, se perdían de la vista extensos pastizales lujuriantes de verdor.

* * *

Se estima que fue él quien asoció por primera vez la feria taurina con nuestra Señora del Carmen, cuando aún no había Fiestas Patrias, porque el Perú no había aún amanecido a la aurora de su independencia.

El también habría sido quien trasladó las corridas de toros de la Plaza de Armas a las inmediaciones de su casa de muñecas, la Concertina, en el descampado de la Feliciano, donde siguen teniendo lugar en el día de hoy.

El tiempo que él no dedicaba a la oración era para su rosal, que siempre se mantuvo lozano.

Pero cuentan que cuando él se veló en el primer piso de esa casa hexagonal, todas las rosas amanecieron marchitas y su aura de recogimiento fue trocada por asociaciones siniestras.

* * *

Cuando la Concertina estaba en su peor estado de abandono tapiaron las ventanas. Para evitar que subieran los muchachos traviesos, eliminaron el acceso al balcón y se le despojó de sus tablas y pasamanos.

Ahora sólo quedan las vigas, cual si fueran los brazos abiertos de un esqueleto gigante que te recibe a media luz.

Se cuenta que de su interior salió una vez un enjambre de moscas que les golpeó el rostro a unos peones que abrieron la puerta sellada para desinfectar con cal la pequeña sala del primer piso.

Y se cuenta que en las barandas del balcón y en las bardas el toril de la plaza que había delante, se pavoneaba un extraño pavo real en cuyo plumaje predominaba, no el verde sino el azul.

* * *

Cuenta el Charro que a la manera del Ave Fenix que renace a partir de sus cenizas, la Concertina sólo volvió a recobrar su esplendor cuando fue alquilada a esa pareja de lunamieleros a quienes no les incomodaban las cosas que se contaban de ellos y de este hermoso y misterioso lugar.

El novio, el joven Teófilo, era apuesto y elegante a cual más. El jamás usaría un potocho shilico como todos en la ciudad. El lucía un sombrero francés, muy a la moda, al estilo *canotier*.

La novia, Lolita, era rubia, zarca, y sus piernas de nácar, ¡eran todo un primor!

En las fiestas de la alta sociedad, ella lucía extravagante con un cojincillo de seda rosado sobre su brazo izquierdo, sobre el cual dormitaba su super antipático gato Fifi.

Entonces las rosas volvieron a crecer hasta los barandales del balcón, y las ventanas lucieron abiertas para su debida ventilación.

Se cuenta que en las barandas del balcón y en las bardas el toril de la plaza que había delante, volvió a hacerse visible ese extraño pavo real en cuyo plumaje predominaba el azul.

* * *

Cuenta el Charro que una noche, mientras ellos dormían plácidamente después de una espectacular orgía de sex, el gato Fifi se encrespó sobre su cojín y empezó a maullar mientras el dormitorio se impregnaba de un extraño olor a tierra húmeda.

Teófilo despertó a tiempo para apagar la vela, y vio levitarse sobre el entablado una masa gaseosa que subía del piso inferior y adquirió forma de un prelado que con gesto adolorido cubría su ingle con su mano.

Entonces una voz difusa y acallada, que salía quién sabe de dónde, hizo esta extraña revelación: “EN EL SEPTIMO ESCALON, EN EL SEPTIMO ESCALON.”

Al día siguiente, disimulando su consternación, él se lo contó a su mujer. Pero ella le miró riéndose, y le dijo:

—¡Mentecato! ¿También quieres hacérmelo afuera, en el séptimo escalón?

Ella, simplemente no creía nada de lo que él le contó.

* * *

Alguien que sabía tomar las cosas más en serio le dijo:

—¡Es un alma en pena, Teófilo! El hecho de que pareciera tocarse la ingle con la mano revela que se trata de alguien de sexo masculino, porque si hubiera sido mujer evitaría ese gesto. Yo te aconsejo que hables con el arqueólogo Don Alfonso Peláez Bazán, especialista en entierros. El te puede instruir respecto de lo que hay que hacer en un caso como éste.

Y añadió:

—Quizás quiere hacer revelaciones sobre algún crimen impune o sobre algún entierro de valores, es decir, de algún documento valioso o un tesoro que está escondido en algún lugar secreto de la casa. Pero, ¿qué es eso de “en el séptimo escalón”? ¿Qué puede haber en el séptimo escalón de una escalera de eucalipto?

El Teófilo le preguntó, temblando de pánico:

—¿Y qué hacer si se aparece de nuevo?

Su amigo respondió:

—Extiéndele amablemente en tu mano derecha tu sombrero francés. Es un noble gesto considerando lo tanto que ese potocho significa para vos.

Y añadió, como una corazonada:

—Todo indica que su aparición es para bien. ¡Masque habla con el “Cazafantasmas”, con Don Alfonso Peláez Bazán!

* * *

A las 12 de esa misma noche el gato Fifí empezó a maullar de un modo quedo, y de nuevo ese extraño olor a tierra húmeda. . .

Luego empezó a levitarse esa masa nebulosa, y el Teófilo, antes de que asumiese forma de prelado tomó su sombrero *canotier* y se lo extendió nerviosamente con su mano derecha. Y casi dio un grito seco al sentir que la prenda fue tomada de su mano y, flotando en el aire se desvaneció juntamente con la nebulosa, mientras el olor a tierra húmeda se intensificó.

El Teófilo se despidió para siempre de su sombrero *canotier*. Pensó que bien valía la pena si eso serviría para la paz de su mujer y de él. Pero a la mañana siguiente, cuando se disponía a bajar las gradas, encontró su sombrero cuidadosamente puesto encima de la tabla de un escalón de la escalera que contando desde abajo, resulta que era el séptimo escalón.

* * *

Dejando su desayuno servido en la salita hexagonal del primer piso, fue a buscar al especialista en entierros para contarle lo ocurrido. Lolita recién empezó a sentir miedo, miedo de quedarse sola en casa esa mañana.

El Cazafantasmas le dijo:

—Te aconsejo que cavemos y removamos un adobe de la pared, a la altura del séptimo escalón. Quizás dentro de esa gruesa pared hay algo escondido que el ánima quiere que descubramos. Quizás algún documento o algo de valor para la historia. Deja que yo aplique mi estetoscopio especial para paredes; quizás podamos captar alguna señal o vibración en la pared, a la altura del séptimo escalón.

El Teófilo se opuso terminantemente a esa idea. Le dijo, sin ocultar su temblor:

—¡Cavar en la pared de una casa ajena sería una profanación punible!

Pero poco a poco se fue convenciendo de ello; sobre todo si cavaba un agujero pequeño a esa altura de la pared pero dentro de la casa, para no llamar la atención de los abre bocas que nunca faltan, y lo volvía a tapar y enlucir de inmediato para pronto volver a blanquear la pared.

* * *

Y una tarde, estando solo en casa, porque Lolita andaba de visita en el pueblo con su antipático gato Fifí, hizo como venía planeando.

Sus dedos nerviosos dieron con un pequeño arcón andaluz que contenía, plegado, un traje de luces azul.

Debajo había una espada de mataor, una pequeña bolsa con doblones de oro con el perfil del rey Carlos III de España, un cáliz de oro, un crucifijo también de oro y otras tres enigmáticas reliquias que parecían no tener relación con su vida de contemplación del Padre Cayetano, y cuyo mensaje sólo El Charro, el Dr. Jorge A. Chávez y Silva, ha sido capaz de descifrar.

* * *

Aunque no pareciera al ojo profano, lo más valioso de todo este tesoro era un pequeño diario a manera de un cuaderno de bitácora que estaba metido en los pliegues del traje de luces azul, y en cuyas páginas había, entreveradas con apuntes de su travesía en el océano, poemas, oraciones y plegarias, y anotaciones inconexas relacionadas con la bendita memoria y el descanso eterno de una dama llamada “Lolita”, que el Dr. Jorge A. Chávez y Silva ha logrado articular en su novela, *Travesía de un amor desesperado*, de la siguiente manera:

A Cayetano se le abrieron las puertas taurinas de Sevilla, y prendada de él Lolita, la hija mimada del ganadero Don Manuel Pérez de la Concha, lo siguió en todo su periplo de Andalucía. A ella le dedicaba los bravos, y ella correspondía arrojándole rosas, sólo rosas.

Pero el joven torero tenía una secreta vocación religiosa desde los días de su educación inicial en la Escuelita Pía, a manos de la Iglesia, y no daría un solo paso sin su venia, sin su venia de la madre Iglesia.

Don Manuel Pérez respetaba sus escrúpulos, pero quería apresurar su unión antes de que pudiese ocurrir otra cosa.

La boda sería en Sevilla, después del 4 de abril y de su última corrida en la Feria de San Isidro, para la cual Don Manuel Pérez de la Concha había mandado forjar esa espada de mataor con empuñadura de oro recamada con esmeraldas y topacios.

* * *

El Teófilo se llenó de pánico al ver en el diario el nombre de su mujer, manchado de lo que parecía ser gotas de sangre. Entonces acudió de nuevo a consultar con el Cazafantasmas Alfonso Peláez, y sin revelar nada sobre el arcón y el tesoro que había encontrado incrustado en la pared a la altura del séptimo escalón, le mostró solamente el diario, que de por sí no era de gran valor comercial, y señaló con su dedo el nombre de Lolita, como el nombre de su adorada mujer.

Juntos pudieron reconstruir esta historia conmovedora que, para sosiego del Teófilo, nada tenía que ver con su Lolita de él.

Resulta que el Padre Cayetano, antes de ser sacerdote había sido un torero famoso en España, y lucía un traje de luces azul como atuendo personalizado.

Tras una carrera relámpago, a él se le abrieron las puertas de la Plaza de Toros de Sevilla. Y Lolita, la hija mimada del tal Manuel Pérez de la Concha, un magnate ganadero consagrado a la cría de bravos, quedó prendada de él. Ella lo siguió en todo su periplo de Andalucía en un romance que transcurrió, como dice el diario, entre la arena y los tendidos.

A ella él dedicaba los bravos, y ella le correspondía arrojándole rosas; sólo rosas.

* * *

Pero como aflora del diario, el joven torero tenía también esa secreta vocación religiosa desde los días de su educación inicial a manos de la Iglesia. Y él estaba dispuesto a no dar un solo paso en el futuro cercano sin la venia de sus consejeros, dignatarios y preladados.

Don Manuel Pérez de la Concha simulaba respetar los escrúpulos del joven Cayetano, pero al mismo tiempo quería apresurar la unión matrimonial de su hija con él,

antes de que ocurriese tal cosa irreversible como un descabellado celibato y voto de castidad. Según sus cálculos, un torero famoso representaba un platal para sus arcas, aun si dejaba de torear para la calma y tranquilidad de Lolita y de toda la familia.

Los planes de Don Manuel Pérez prosperaron. La boda, en Sevilla, sería con la bendición del Obispo, tío de la novia, y la fecha se fijó para después de la Feria de San Isidro, que sería la “última corrida” de Cayetano, según el decir de Don Manuel Pérez.

* * *

Esa tarde sin Sol, con su traje de luces azul, bordado cual vistoso pavo real, llevando la muleta en el brazo, se acercó el Cayetano al tendido y dedicó a Lolita su última faena: Un toro cárdeno arromerado, carinegro, corniveleto y bien armao, que había andao soso y remolón en la suerte de varas y poco aplicaao con el capote cuando achuchó a uno de los banderilleros.

Luego se dio la vuelta mirando a su público, hizo una venia y arrojó su montera por detrás de su hombro.

La prenda cayó sobre la arena boca arriba, produciendo un murmullo agorero.

A la salida del toro, su mozo de espadas le dijo:

—¡Andái con cuidao, Cayetano! ¡Ese buró es maligno, derrota pa’ la izquierda!

Cayetano fue hacia el toro, y el animal pasó de largo rozándole las piernas.

Intempestivamente dio la vuelta y lo enganchó con las pantorrillas, levantándolo en vilo y arrojándolo contra las tablas, de donde cayó de espaldas, con las piernas semiabiertas, exactamente como había caído su montera sobre la arena del coso.

Rapidísimo, volvió a la carga, y le hundió un cuerno en la entrepierna, seccionándole el miembro viril con el escroto.

Fue tan repentino, que los otros toreros no pudieron intervenir.

Lo levantaron semi muerto, y se temía que no llegaría vivo al hospital.

Lolita tuvo un acceso de locura y se encerró en su alcoba tres días.

Fueron vanos los ruegos de su madre y de su padre para que abriese. Y cuando por fin lograron violentar la puerta, vieron horrorizados que la muchacha había acabado con su vida hiriéndose con la espada de mataor en el corazón y la cuenca virginal.

Varios meses se debatió Cayetano entre la vida y la muerte, y por fin fue dado de alta.

* * *

Unos años después, tras ser ordenado sacerdote, fue a visitar a los padres de Lolita. Juntos lloraron la tragedia, y el ganadero, con gran desprendimiento, le hizo entrega de la espada que tenía en su empuñadura de oro la sangre de él y de ella.

Cayetano le manifestó su decisión de consagrar su vida a Dios y a su servicio en el Nuevo Mundo. Le dijo: “Me recluiré para siempre en una pequeña villa española que llaman Celendín, perfectamente escondida en los contrafuertes de los Andes del norte del Perú.”

Así llegó a Celendín, y se quedó aquí para siempre, porque su alma ronda todavía por la Feliciano, por la Poza del Cura, por Padrerume, por el Mutuy y por La Tranca de Santa Rosa, sobre todo en la víspera de la fiesta de Corpus Christi.

Aquellas pobres doncellas de Celendín no sabían que sus reticencias del Padre Cayetano, aparte de su sustento religioso y moral, se debían a esta situación que ocultó durante toda su vida, hasta que fue descubierto por el Teófilo muchos años después de su muerte y de su velorio en la Concertina, esa hermosa casa de retiro cercada de rosales que él mismo se encargó de cuidar.

* * *

Muchos, muchos años después, el relato conmociona al Amauta, Don Orestes de Tavera y Quevedo, santo patrón de la fiesta brava de Celendín que tuvo el privilegio de ver y acariciar el traje de luces azul que le mostró Don Teófilo, plegado en su pequeño arcón andaluz.

Al Amauta se le humedecen los ojos y expresa su opinión al respecto:

—Ese pavo real. . .

Se atraganta y prosigue:

—Ese pavo real que se arma y saca a relucir su plumaje azul por encima de sus plumas verdes. . .

El añade:

—Ese pavo real que se aparece encima de las barandas del balcón de esa casa hexagonal, de la Concertina, y que vuela de repente para posarse sobre la barda del toril de la Plaza de Toros “Sevilla”. . .

No puede contener las lágrimas y exclama:

—¡Ese pavo real es el mismísimo Cayetano vestido con su traje de luces azul!

3 LA POZA DEL CURA



Nunca podré olvidar la belleza y la magia de aquellos parajes y quebradas bulliciosas cercadas de sauces llorones por los que anduve de mi cuenta en mi temprana infancia.

La primera vez que me llevaron mis amigos más grandes a la Poza del Cura, me impactó a la distancia el estruendo de los chapuzones y las lizas, y de los gritos de emoción de los que se habían anticipado en llegar.

Luego me asustó ver el volumen del agua contenida mediante una represa en un tramo de la quebrada de Chupset donde se podía nadar un largo trecho, pero en una sola dirección.

El lugar del embalse era el sitio preferido para las zambullidas y las acrobacias acuáticas como el espectacular afloramiento que denominan “candelerero”, o la increíble “peinada” con raya en medio.

Ese día no me metí al agua, porque me asusté. Había algo en el ambiente que me daba miedo, aunque mi corazón latía de emoción al ver el pataleo y los manotazos, y al escuchar el griterío salvaje y alegre de los que volverían a casa dejando su alma en prenda con el padre del río y la madre de la poza y del manantial que les brinda sus aguas.

* * *

Nunca nadie me pudo explicar por qué la llamaban “la Poza del Cura”.

Recién ahora que soy viejo, pero ansioso por desandar los lugares misteriosos de mi infancia me he podido enterar de una versión que aflora de una carta de hace más de un siglo en que una muchacha celendina le cuenta a su amiga en Cajamarca de la conexión de sus fantasías sexuales con la Poza del Cura.

Por varios hechos, no hay pie para dudar de su autenticidad:

Primero, así como a la Página Web CELENDINPUEBLOMAGICO han llegado tantas fotografías del pasado remoto de nuestra villa y han podido ser bajadas por todos los que se encuentran atrapados en el pasado, así también han aflorado cartas personales, algunas de las cuales no es del caso difundir.

Segundo, porque la información circunstancial que aporta la carta en cuestión, concuerda fielmente con otros testimonios relacionados con el atractivo y el misterio del Padre Cayetano, un sacerdote español que vino a Celendín procedente de Sevilla para pastorear nuestra villa española en sus primeras décadas. El dejó sus huellas en nuestra vida, en nuestra manera de ser, en nuestras instituciones, en las capillas de nuestros santos patronos, en la Iglesia Matriz, en las corridas de toros, y de manera mágica y personal en su casa, “La Concertina”, y en la capilla de La Feliciano.

Tercero, quien escribió esa carta fue una joven sedienta por experimentar el placer de zambullirse en la Poza del Cura con cura y todo.

* * *

¿Dónde está esa carta?

El único que conoce su paradero es el Charro, ese genial celendino que sobrepasa con creces al Agente 007, a la Pantera Rosa y a todos los integrantes de la pandilla de los Cazafanftasmas.

También supo de la carta, no sé como, la Sra. Consuelo Lescano Merino, que años más tarde escribiera, *El Adviento de Celendín*. Pero sí a mí no me lo han querido mostrar, dudo que te den acceso a ella a ti.

¿Qué revela la carta?

Todo parece subjetivo y personal:

Revela que el Padre Cayetano era exageradamente hermoso, y que se bañaba en esa poza, la Poza del Cura, que estaba relativamente cerca de la Concertina. Y que nadaba totalmente desnudo, es decir, sipralla.

Dice que en los días en que iba allá a bañarse, a veces temprano en la mañana, y a veces tarde en el ocaso, nadie podía acercarse por allí, porque los senderos que conducían a la poza eran vigilados por dos o más peones a su servicio.

Confiesa que ella se había enamorado perdidamente de él, pero en la villa de Dios no tenía el valor de acercársele, ni en la calle, ni en el altar, ni en el confesionario, porque no quería compartirlo con ninguna otra mujer.

Dice que lo quería en su intimidad como a su propia idea.

Pero la carta revela mucho, mucho más que esto.

* * *

La joven revela que cierta mañana se enteró que él había nadado desnudo en su poza, y calculando que ese mismo día no volvería a hacerlo en la hora del ocaso, ella fue a la poza de noche, bien chucada con un pañolón negro y durmió junto a una roca al abrigo de una madriguera de conejos que había en las inmediaciones del manantial, para acercarse al sacerdote cuando volviera a su baño nudista a la mañana siguiente.

Pero las cosas le salieron réquete mal, porque el cura no se apareció al amanecer tenuemente abrigado por el resplandor de los tiernos rayos del Sol.

Tampoco se apareció a la hora de la oración.

Sólo se apareció caída la noche y en busca de ella, acompañado de otras personas que le habían manifestado su preocupación por la desaparición de la joven.

* * *

Honestamente, no veo nada increíble en la historia de la muchacha. Por eso también me parece creíble lo que refiere a continuación:

El fue a buscarme porque, dijo, me vio telepáticamente mientras oraba *pro novis*, es decir, por los novios, es decir, por nosotros dos. Me vio exactamente en la boca de la madriguera, justo después que acababa de recuperarme de un desmayo y palpaba en la oscuridad intentando salir de las inmediaciones de la poza para volver a casa.

El fue allá de su casa, que estaba al lado de la Feliciano, para socorrerme y llevarme a la casa de mis padres.

A pesar de lo ocurrido, soy la chica más dichosa en la villa por haber recibido de sus labios un beso en mi frente tras haberme encontrado ilesa, gracias a Dios.

* * *

La carta dice más cosas, aparentemente inconexas, pero nos sirven para identificar la poza con la bendita memoria del Padre Cayetano.

Dice, por ejemplo, que en más de una ocasión se acercó a las inmediaciones de la poza “pasando por el sendero que une la casa del cura con la casa de la Feliciano, intentando juzgar si acaso el cura salía a su balcón, como solía, para contemplar hacia el descampado que con el transcurso del tiempo se convertiría en la Plaza de Toros Sevilla.

Una revelación tangencial da pie a una bien documentada suposición: El sacerdote oscilaba entre los 35 y los 40 años, que las mujeres consideran el punto chumbeque de un varón. Era deportista que a toda costa buscaba mantener en forma su estado físico al igual

que su piedad. Aunque en su caso se cumple lo dicho por el Apóstol San Pablo de que el ejercicio físico para nada aprovecha.

Si nos remontamos a los tiempos de la infancia y la juventud del Padre Cayetano en Sevilla, seguramente le veríamos nadando leguas en las aguas navegables de su río tutelar: El río Guadalquivir, cuyo nombre árabe significa “el Lecho Grande” (árabe: *wadi*, “valle”, “lecho”; *al-kabír*, “el grande”).

Y da la casualidad de que la Poza del Cura está ubicada en el lugar en que nace el Río Grande, el Guadalquivir de Celendín, un poco más debajo de los manantiales que le dan origen. La asociación es, por supuesto, sólo semántica, porque tú no puedes comparar el Río Grande de Celendín con el Guadalquivir de Sevilla. De todas maneras, el Padre Cayetano veía con otros ojos lo que para él era su campo de misión: Celendín.

El mayor mérito de la carta de la muchacha enamorada es que rescata el nombre del Padre Cayetano y su asociación con la Poza del Cura. Ahora ya sabes por qué la gente le llama “Poza del Cura”, sin saber por qué.



* * *

El nombre del Padre Cayetano se había perdido en la lejanía hasta que se descubrió ese entierro que hizo millonarios a los predestinados y conmovió a toda la población. Antes sólo existía la leyenda acerca de un cura español, hermoso como un ángel de luz y bueno como un chaval que le había dado a Celendín un pedazo de su fe y su Iglesia Matriz. Y todo se hubiera esfumado para siempre, como un fantasma que abandona su lápida, si no fuera por ese cuaderno de bitácora que se descubrió entre los tesoros de su arcón. Ese cuaderno que nos reveló su nombre, Cayetano, y su historia de amor.

A mí me llena de alegría que se haya aclarado el enigma de la Poza del Cura, porque mi alma también se ha quedado atrapada en esa represa, y su solo recuerdo me hace tiritar. De pequeño, ese rincón encantado de la campiña de Celendín era escenario de mis andanzas y travesuras. Una vez recorrí el curso de la quebrada de Chupset hasta donde se

junta con la quebrada del Mutuy, y seguí hasta la Poza del Remolino, otro escenario de mis aventuras infantiles.

* * *

Cuando le cuento a mi hermano Juan de la carta que atesora el Charro, él responde riéndose maliciosamente:

—¡A mí con tutías! A mí se me hace que ese cura era juicioso y sabía hacer bien las cosas. Para mí, que el cura se trezaba en esa poza con las mejores hembras de Celendín.

Le digo:

—Es que tú no sabes. . .

Me dice:

—¿Y quién podría saber más de curas que yo? Yo me he criado entre curas en la Normal de Cajamarca y sé que debajo de la sotana todos tienen lo mismo que tengo yo o que tienes tú.

Le digo:

—Es que tú no sabes. . .

—¡Seguro que era un angelito!

Le digo:

—¡Exactamente eso!

* * *

Los profanos pueden decir lo que quieran. El hecho es que recién ahora, y gracias a sus investigaciones del Charro podemos explicar otro enigma relacionado con la Poza del Cura: El estruendo de los chapuzones y de los pataleos que se escucha en las inmediaciones de la Poza del Cura, y ese grito ahogado de mujer, como que es atravesada por una espada, y ese llanto de un hombre que llora como un chaval.

La Poza del Cura siempre me produjo una emulsión de pánico y emoción como ninguna otra poza de la cual se dice que tiene su “madre”. Es que esta poza tiene su “padre”, vale.

Si quieres conocer la solución de todos los enigmas búscalo al Charro. Masque dile que te mando yo. Y si el mentecato no te hace caso, te queda otro recurso existencial: Visita su casa del Padre Cayetano llamada “La Concertina”, cerca de la capilla de la Feliciano; da vueltas por allí como quien te haces el cojudo. Visita el toril, que queda a un lado de la misma plaza que está delante, justo delante de su casa del Padre Cayetano. Y baja de allí en dirección al cerro Jelij, hasta la Poza del Cura, y hacia las mismas faldas del cerro, donde se encuentra sepultado otro misterio.

Por algo ese lugar se llama Padrerume, o la Piedra del Cura, otro hito de misterio relacionado con la bendita memoria del Padre Cayetano.

4

EL FANTASMA DE PADRERUME

¿Por qué tendría ese cura tanto que ver con las cosas misteriosas de mi pueblo?

Mira, que también tuvo algo que ver con la imagen bendita de Santa Rosa de las Guayabas, con la formación del folklore celendino que halla expresión en las danzas de Corpus Christi, con la ópera de la Danza Guayabina y con las fantasmagóricas corridas de toros detrás de la cerca del Potrero de la Tranca.

¿Por qué el alma de aquel angelical y misterioso sacerdote se quedó tan ligada a este paraje de la quebrada de Chupset y de los pedregales del Tragadero y Padrerume en las estribaciones del cerro Jelij?

¿Por qué sólo son mujeres quienes lo ven de noche, desnudo, dándose duchazos en las improvisadas chorreras de agua canalizadas con hojas de pencas en el vertiginoso descenso de la quebrada del Mutuy?

* * *

Para entender las cosas nos remontamos a los orígenes de la villa, cuando se estaba concluyendo el drenaje del lago que la cobijaría, y estos terrenos más altos eran preferidos por los colonos españoles más prominentes. También el Padre Cayetano adquirió para sí un solar en las inmediaciones de La Feliciano, y allí edificó su casa, a la que llamó “Villa Sevilla”, aunque la población la conocía como “La Concertina”, por su forma hexagonal.

No es de sorprendernos que el Padre Cayetano deambulara por todos estos lugares como en casa, tanto en vida como después de su partida.

* * *

Cuando bordeaba los 35 años de edad se le dio por mirar con otros ojos un paraje agreste que había visitado a menudo en las estribaciones occidentales del cerro Jelij, que no sin razón, los antiguos pobladores de La Tranca, indígenas chilchos desplazados por los colonos españoles, dieron en denominar “Padrerume” que en su dialecto quechua significa “La Piedra del Padre” o del Cura (del quechua: *rumi*, “piedra”).

La combinación de una palabra quechua (*rumi*) y una española (padre o cura), de por sí engendra sospechas respecto del genio del Charro, que ha dedicado la última parte de su vida a la investigación del pasado lingüístico culle (o chimú) y quechua de los enclaves indígenas que se hallaban en Celendín a la llegada de los portugueses y de los españoles. El comenta que el “padre” en cuestión fue un sacerdote español que logró impactar poderosamente la imaginación de nuestra gente.

Pero el enigma se resiste a ceder cuando observamos, que en ese terreno disparejo y rocoso no había ni campos de cultivo ni pastos a causa de su naturaleza calcárea, resquebrajada por la erosión y el azote de los ventarrones que retumban en los oídos y asustan el alma.

¿Qué indios podrían refugiarse en este entorno? ¿Y a qué cura se le ocurriría ministrarles *in situ*, donde no hay huellas de moradas ni de apriscos?

¿Acaso podría ser que pidió ser sepultado entre esas rocas blanqueadas?

* * *

Este asunto, sólo el Sabio Arquímedes nos lo ha podido aclarar.

En una entrevista peripatética por los lugares aludidos, el Sabio explica:

—La Tranca (actual distrito de Santa Rosa) en realidad era un potrero. ¿Sabes qué cosa es un potrero?

—Es un lugar común para todos los que no tienen dónde pastar o guardar sus animales de día y de noche. . .

El dice:

—Efectivamente, todos los que no obtuvieron un solar en la pampa, y menos en la villa, tenían que deambular por allá con sus animales que eran su único recurso vital. Como verás, constaba de una pequeña dehesa encajonada por abajo con una cerca que impedía que los animales hiciesen daños en las propiedades privadas, y por arriba con las estribaciones del cerro Jelij, que llamaban Padrerume. Hacia el norte, por los barrancos del cerro Jelij podían llegar, a riesgo de quebrarse el guashatullo, hasta las inmediaciones del Tragadero, pero evitaban acercarse allí al anochecer porque el lugar es hervidero de duendes y antesala del infierno. Por el lado sur estaba la entrada, protegida por una tranca; por eso se llamó su nombre, La Tranca.

—¿Quiénes frecuentaban ese lugar?

—No lo frecuentaban, sino vivían allí, ceñidos a las inmediaciones de la tranca los indios chilchos despojados y algunos mestizos empobrecidos. Si en la villa necesitaban peones, con seguridad los encontrarían en La Tranca.

* * *

La explicación del Sabio Arquímedes me dejó pensando. No quise ser demasiado explícito en la conversación, pero planeé volver solo al lugar, y acaso descansar en medio de las rocas erosionadas que exhiben al Sol sus heridas abiertas y blanqueadas.

Cuando yo era pequeño y mi padre me llevaba a pasear por esos lares, me decía que esas rocas de la cordillera se han originado en el lecho del mar por la acumulación de los restos de ingentes cantidades de microorganismos cuyas estructuras contenían calcio.

Por cierto, la geología no tenía nada que ver con mis persistentes inquietudes infantiles. Yo sólo quería saber por qué el Padre Cayetano tendría que frecuentar ese lugar hasta quedar tan ligado a este entorno ahora desolado. Entonces subí por entre las rocas cuarteadas, me senté agotado en la parte más alta y me puse a mirar fijamente hacia abajo el lugar del potrero y las tierras feraces de la campiña bien demarcadas por cercos de pencas, hasta La Concertina y la capilla de La Felicianita.

El resplandor del Sol vespertino ilumina el cerro Jelij desde su cima hasta el lugar donde me he sentado, y me empaña. Entonces, para esquivar su resplandor miro a mis pies y me veo vestido de una negra sotana, y abajo, en el potrero veo a la pobre gente que extiende sus manos clamando hacia mí. Y veo mi caballo blanco que me espera amarrado a los palos de la tranca. . .

* * *

Al volver en mí, había logrado todas las respuestas, y era tiempo de bajar al llano y volver a casa. Me incorporó la imagen mental de un travieso molinillo que bate chocolate caliente con leche.

Era eso. El Padre Cayetano vendría aquí con frecuencia a ministrar a la gente desplazada. Y como en esta vida una mano caliente a la otra, sin duda él también era ministrado por aquellos que le expresaban su amor y compartían con él su chocolate caliente.

Atravesé la tranca ahora invisible y avancé hasta la carretera que viene de La Fila hacia la ciudad de Celendín. Y mientras camino descalzo me pongo a pensar si acaso alguna de esas piedras del potrero es el hito que marca su tumba.

5
EL TORO DE LA GUAYABINA



Cuenta la leyenda que una de esas tardes de Sol el Padre Cayetano llegó al potrero de La Tranca y no encontró a ninguna persona mayor, sino sólo a un grupo de chicos a quienes llamaba “chavales”.

Al comienzo, ellos no se percataron de su cabalgadura ni de él, porque estaban muy entretenidos jugando a la corrida de toros. Las testas de los bravos eran de penca, y de pencas eran las banderillas y la espada de “mataor”. Y el corazón destinado a recibir la estocada fatal estaba dibujado sobre la piel de la penca con punzadas hechas con las espinas de otra penca similar.

El cura se acercó a ellos e ingresó a su infancia, y se puso a jugar con ellos con tal emoción, que uno de los mocosos le dijo:

—¡Cómo le gusta la corrida de toros, padre!

—Me encanta —respondió el cura—.

El niño le dijo:

—La próxima vez, si usted viene a jugar con nosotros, le tendré preparada una sorpresa.

El sacerdote se puso a pensar: ¿Es que meterán bravos en el potrero?

* * *

Pocos días después el sacerdote bajó del balcón de su casa, de La Concertina, contuvo su sotana atándola a su cintura, puso su pie en el estribo de su brioso caballo blanco, y lo volvió a poner sobre el suelo. Se estaba olvidando de la cesta en que tenía dispuestos una marqueta de chocolate, dos quesillos y una veintena de merucas para compartirlos con los niños de La Tranca.

Volvió a salir de su casa y montó, y a paso sosegado se dirigió a La Tranca. Ese día esperaba encontrarse con la sorpresa que le anunció el chaval.

Mucho había esperado ese momento. Después de todo, su vida transcurría sin sorpresas y sus pasos planificados desaparecían en los trillados senderos que le conducían a los matorrales del Chupset, a las chorreras del Mutuy y a su pétrea feligresía de Padrerume.

* * *

Los chavales le estaban esperando, esta vez con algunas personas mayores que les miraban jugar con sus toros de penca. Pero el chaval de la promesa se había esfumado y nadie daba razón de su paradero.

El cura disimuló su desconcierto, y le entregó a uno de ellos la cesta de merucas. Luego, como solía, se abrió paso y fue a meditar entre las rocas agrestes de Padrerume, más arriba, cuando de repente, lanzando palos y maleza, se levantó una fiera que a todos dejó paralizados.

—¡Es un toro bravo! —fue el grito seco de todos cuantos se habían juntado alrededor del buen sacerdote.

Era un toro bravo que les hizo correr despavoridos. El chaval de la promesa lo había conducido a Padrerume amparado con las tinieblas de la noche.

* * *

Lo había hecho con un sólido armazón de carrizos, bien juntados con cáñamo reforzado con cera de ushún. Parecía un techo de dos aguas, tanto por su forma como por su color de tejado ocre y guayaba, porque al armazón de carrizos lo había cubierto con su poncho.

Dos carrizos que se cruzaban en diagonal en medio de cada lado del armazón le daban mayor solidez y permitían que el chaval metiese sus hombros y su cabeza dentro de la estructura y se asiera del lugar donde se cruzaban esos carrizos para dar a la fiera festivo movimiento con meneío de ancas incluido.

Su rabo era de verdad, de algún toro bravo que había sido sacrificado en el camal y que él lo había hecho desaparecer para su toro.

Sus astas eran también de verdad, demasiado grandes y abiertas para la estructura del cuerpo del toro de carrizos, y parecían haber sido afiladas.

Un retazo de paño rojo era la lengua que el toro lucía afuera. Y dos espejuelos redondos pegados con cola fueron ribeteados con hilo colorado sobre la testa.

* * *

Ese “toro” era la sorpresa del chaval.

El lo había hecho a escondidas de su padre y de su madre, y de todos los chavales, disponiendo del único abrigo que tenía para la noche fría del potrero: Su poncho color guayaba.

La danza loca del toro guayabino involucró a grandes y chicos, que le arrojaban pepas de palta y le gritaban:

—¡Toro nariz de olloco peláu!

Cuando el juego se acabó, todos tomaron su chocolate en medio de alegres comentarios, y el cura se dispuso a volver a su casa, La Concertina.

Entonces, el chaval le hizo entrega de su toro.

El sacerdote le dijo:

—¡Pero si ésta es vuestra mejor diversión?

El chaval le dijo:

—Me hará más dichoso que se lo lleve como un regalo de mí y de mi papá.

El buen sacerdote miró a su padre, y éste le dijo:

—Háganos el honor. . .

De esta manera el chaval se libró de la cueriza que le esperaba por haber destrozado su poncho.

* * *

Cuentan que Don Manuel Pérez de la Concha, un viejo ganadero español y empresario de la fiesta brava en Andalucía vino a visitarle al Padre Cayetano en Celendín, trayéndole como obsequio su hermosa vajilla que incluía doce juegos de tazas y platos de porcelana lusitana.

El magnate regordete era un fanático empedernido de las corridas de toros en Sevilla y de los encierros de toros que se realizaban cada año en Pamplona, en la fiesta de San Fermín.

El viejo se encontraba tomando chocolate con el Padre Cayetano en La Concertina, y sus ojos se fijaron en el destartalado toro que le regaló el chaval de La Tranca. Vio en él mucho más que un juguete; vio un extraordinario simbolismo, una expresión nativa y española a la vez, y obsesionado por su majestad y su olor a guayaba, inquirió con curiosidad:

—Ese toro. . .

El cura le interrumpió:

—¿Ese toro nariz de olloco peláu?

* * *

El sacerdote le dio cátedra:

—Este toro es una maravilla artesanal. . .

Don Manuel Pérez de la Concha le dijo:

—¡Os doy un ducado por él, y me lo llevo a España!

El sacerdote le dice:

—Ese toro, no me lo creará Don Manuel. . . ¡Ese toro vale mil ducados de oro!

El señor De la Concha le dice:

—¡Usted bromea, padre! ¡No puede ser!

El sacerdote le dice:

—¡Pues se lo juro por las ánimas benditas del Purgatorio!

—No, padre. Usted me toma del pelo. . . Le dice el magnate.

—¡Mil ducados de oro! Ni menos, ni más.

* * *

El hombre de Dios le hablaba con tal convicción que Don Manuel Pérez empezó a creer lo imposible. Pero como a ratos dudaba, el cura le hizo tomar asiento para referirle todo cuanto se relaciona con ese toro. Esa tarde le convenció de todo lo que pudiese valer un poncho bendecido.

—Mire bien a mi toro de poncho, Don Manuel. . .

Don Manuel Pérez lo remira buscándole algún cosido secreto, alguna cavidad dentro de su cabeza rellena con paja.

El cura prosigue:

—Así como usted, yo me quedé contemplándolo todo un santo día. . .

El señor De la Concha exclama:

—¡Pero, hombre!

—Sí. Lo miré todo el día hasta que. . . ¡el toro me dio mil ducados de oro!

—Pero, ¿cómo puede ser posible?

—Pues me los dio. Por eso lo conservo y no lo cambio por nada.

* * *

Es una lástima que no podamos decir lo mismo nosotros, los shilicos, porque hoy por hoy sería espectacular exhibirlo entre las valiosas piezas del Museo Taurino de Celendín que ha sido el proyecto de oro del Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo. Pero déjame acabar la historia. . .

Hacia sólo meses que se había terminado la construcción de la Iglesia Matriz, antes de la llegada del señor De la Concha a la villa de Celendín. Esa gesta fue posible gracias a que el Padre Cayetano había logrado la colaboración de todos los pobladores de los alrededores de Celendín, en su mayoría choctamallques y chilchos que acudieron a la villa en Corpus Christi, trayendo sus ofrendas para el acabado del templo.

En gran parte el éxito del acabado se debió a que el cura había organizado romerías de cada caserío compuestas de danzantes que precederían a su respectivo santo patrón. Y para abrirles paso entre la multitud de espectadores, al cura se le ocurrió mandar hacer toros de poncho como el que le regaló el chaval, dándole a la celebración cierta añoranza a los encierros de Pamplona y San Fermín.

El Padre Cayetano usó ese toro de poncho como modelo, para que en cada caserío se hicieran dos, a cual más bravos. La competencia consistió en cuál toro era más bravo y cuál santo aflojaba más para el acabado de la Iglesia Matriz. De esta manera los pobres santos no tendrían escapatoria.

La estrategia dio resultados, y el Padre Cayetano calculó en mil ducados de oro el costo de los materiales de construcción que a paso de procesión llegaron ante sus ojos desorbitados.

* * *

Don Manuel Pérez de la Concha volvió a Sevilla, el lugar de su residencia, no sin antes haber presenciado una demostración de las danzas de Corpus Christi especialmente convocadas en su honor. Y los chilchos de Llanguat y de Chuclalás le honraron poniéndole sendos pañuelos colorados sobre su hombro, danzando alrededor al son de sus shilshiles.

Su apasionamiento por estas campantes demostraciones de paganismo y libertinaje fue notorio. El magnate regordete hubiera querido llevarse a España todos los toros de poncho y de bayeta que sus asombrados ojos alcanzaron a ver ese día, pero sólo llevó uno, hecho especialmente para él por las mismas manos infantiles que le obsequiaron el suyo al Padre Cayetano.

El cura se lo obsequió.

* * *

El toro del Padre Cayetano se quedó en La Tranca.

Antes o después de la muerte del Padre Cayetano, ese toro pasó al poder de los extranjeros, que digo, de los estancieros, y con justo derecho, porque el muchacho que lo hizo era de ellos.

Tras la muerte del cura, por mucho tiempo estuvo bajo la custodia de Doña Rosa Alva, juntamente con la imagen de Santa Rosa de Lima. Y como por alguna razón ella había sido bendecida en Celendín con el apodo de “La Guayabina”, ese toro llegó a ser “el toro de la Guayabina”.

Con el transcurso del tiempo el mote se convirtió en gentilicio de La Tranca-Santa Rosa. Por eso sus mujeres son “guayabinas” y sus machos son “guayabinos”. Y el conjunto folklórico que les representa año tras año en las danzas de Corpus Christi es “la danza de la Guayabina”.

También la melodía salvaje con bombo y virucho al compás de la cual avanzan las danzas de la Guayabina fue designada, “La Guayabina”,

Decía Don Ibo de Sánchez, experto musicólogo celendino que dicha melodía terrenal constituye toda “una experiencia religiosa” que canaliza el alma de los choctamallques y chilchos, antiguos moradores de la cuenca lacustre de Celendín.

* * *

Así quedó conformado el folklore de Celendín sin que el Padre Cayetano lo sospechara.

Dice Don Alfonso Peláez:

La víspera de Corpus Christi todos los santos de la comprensión se vienen a la ciudad acompañados de extraño séquito. Como raros heraldos, dos toros de poncho presiden la entrada de cada santo. Dando estridentes mugidos embisten contra la muchedumbre de curiosos para abrir ancho paso.

En la plaza ya están las danzas de la Candelaria, del Niño Dios de Pumarume, de San José de Pilco. Por el barrio de Siracucho acaba de sonar un cuete anunciando a la famosa Guayabina de Santa Rosa. Por las Lagunas se oyen ya los taladrantes mugidos del toro zarco de San Francisco. Por la entrada de Colpacucho, la comparsa de San Sebastián

de Llanguat. Y así hasta llegar al atrio de la Iglesia del Carmen donde se encuentran todas las danzas y se confunden en un solo frenesí.

* * *

El toro original de la danza Guayabina desapareció sin dejar rastros. La tradición oral rescatada por el Amauta, Don Orestes de Tavera y Quevedo sólo consigna que fue diseñado por un niño de La Tranca, el mismo que también diseñara los toros de penca. Y que lo hizo “para obsequiárselo con amor a un buen cura español que vino a Celendín para quedarse, al ver que le alocaban los bravos tanto como a él”.

Esta es la característica más resaltante de la festividad celendina que más que Corpus Christi se conoce en Celendín como “las Danzas de Corpus Christi” o simplemente como “Las Danzas”.

Se trata de conjuntos folklóricos formados por dos toros, un “viejo”, una “vieja” y danzantes llamados “pallas” dirigidas por un “paje”.

Respecto de la “vieja” desvergonzada, por debajo de su grueso fondo de lana, deja ver sus pantalones de hombre. La música de fondo es dada por un enorme bombo acompañado por un virucho hecho a machetazo limpio.

6 TRIQUIÑUELAS DEL PADRE CAYETANO

Con la llegada de los españoles se hizo muy popular en la villa de Celendín la corrida de toros, tanto entre los colonos europeos como entre los chilchos y los choctamallques nativos. Juntamente con esto, se consolidaron varios aspectos de la vida de nuestro pueblo, como la inclusión de los toros de poncho o de bayeta en las romerías de Corpus Christi, esto último por iniciativa del Padre Cayetano.

—¿Por qué tendrían que relacionarse los toros de poncho con Corpus Christi y no con el Carnaval con que irían mejor acompañados?

—Porque el Padre Cayetano tenía urgencia de techar la Iglesia Matriz a mediados de año, antes de la venida de las lluvias. No podía esperar hasta el Carnaval del año siguiente. Dadas las circunstancias, las celebraciones del Carnaval no le servían de nada, aparte de que “quitan la continencia y roban el corazón”.

* * *

¡Qué extrañas les habrá sonado a los estancieros las palabras latinas *Corpus Christi*. Nadie sabía ni nadie sabe qué significan. Traducidas literalmente es “el cuerpo de Cristo”, y como efemérides en el santoral se refiere a la fiesta de la institución de la Eucaristía, es decir, la Misa, en que la hostia es considerada el mismo cuerpo de Cristo.

Los españoles introdujeron todo este bagaje cultural católico en América, muchas veces sin darse la molestia de explicar su significado; esta es la razón por qué estas cosas han quedado codificadas para la gente.

Los españoles también se mostraban dispuestos a hacer las paces con el paganismo. Pero una cosa debía quedar bien en claro: Para las cosas del cristianismo está el templo, y las cosas del paganismo se quedan afuera del templo. A lo máximo pueden llegar al atrio y a la puerta del templo o iglesia. Las expresiones paganas de las fiestas del santoral nunca debían atravesar el umbral y entrar en el ámbito sagrado donde se celebra la Eucaristía. Y jamás he oído que haya sido quebrantada esta norma consignada al ámbito de lo obvio.

A esto se debía la urgencia que tenía el Padre Cayetano por que se acabara de construir el templo o la capilla de cada localidad, so pretexto de darle a cada santo su digno domicilio. Y la terminación de la construcción de la Iglesia Matriz era mayor por el énfasis que él había puesto en la veneración de la Virgen del Carmen, y porque Martínez de Compañón, Obispo de Trujillo y del territorio que abarcaba Celendín tuvo que celebrar misa en una iglesia sin techo en su tercera visita pastoral.

* * *

Para entender por qué el Padre Cayetano introdujo la combinación de las danzas de Catequil y los “bichos” de España, es decir, los toros de lidia en las celebraciones de Corpus Christi se requiere observar que en junio hay dos festividades importantes: Corpus Christi y San Juan, el 8 y el 20 de junio, respectivamente.

También se tiene que considerar que en las regiones andinas San Juan coincide con “la noche más fría del año”, fenómeno que los sacerdotes aborígenes detectaron desde tiempos anteriores a los Incas y los españoles, y consideraban un hito de carácter mágico y religioso en el año, o el comienzo del año. Este hito celebraban con fogatas, cuyo significado es simplemente abrigarse durante la noche de la celebración.

Permítaseme explicar estos hechos desde el punto de vista de nuestra cosmovisión actual: En la rotación anual de la Tierra alrededor del Sol hay dos momentos cuando el ecuador se encuentra más lejos del Sol debido a la órbita elíptica de la Tierra, con un consecuente descenso de la temperatura en la noche. Estos dos momentos son el Solsticio de Invierno que cae entre el 21 y el 22 de diciembre, y el Solsticio de Verano que cae entre el 21 y el 22 de junio, casi coincidiendo con la fiesta de San Juan.

* * *

El cálculo de la noche más fría de junio en el hemisferio sur de la Tierra, donde nos encontramos nosotros, sirve para hacer un ajuste de los meses lunares a los del año solar, a fin de que no se produzca un desajuste en la secuencia de los ciclos agrarios; y es tan importante, que para la cultura aymara-tiwanakota es el primer día del año.

Decir que los indios sabían de solsticios equivale a adjudicarles conocimientos astronómicos que eran toda una novedad en los días de Cristóbal Colón en cuanto a la naturaleza de la Tierra y sus movimientos con relación al Sol. Pero ellos sí sabían determinar las noches más frías del año observando el ángulo de proyección de la luz solar en sus observatorios. Esto les era más confiable, puesto que la sensación de la temperatura suele ser engañosa debido a factores meteorológicos, como la lluvia, la nieve, la neblina, etc.

* * *

—Ahora bien, observa que en Celendín la fiesta de San Juan no tiene ninguna trascendencia y pasa desapercibida, a diferencia de lo que ocurre en otros lugares, como los pueblos de la Amazonía. ¿Sabes por qué? Porque las celebraciones nativas de la noche más fría del año, que sin duda tenían al dios Catequil como su personaje central, fueron transferidas a la celebración de Corpus Christi.

—¿Y quién hizo esta transferencia?

—¡Pues el Padre Cayetano! ¿Quién más? Esta fue una de sus mejores triquiñuelas.

Hubo un interés circunstancial detrás de esta transferencia, y aunque le ligó, porque los indios de Celendín se olvidaron de la noche más fría del año para celebrar la inauguración de la Iglesia Matriz en Corpus Christi, después de haber contribuido con su construcción, no se imaginó que las danzas de Catequil se le pegaran a Corpus Christi per seculo, seculo, seculorum, amén.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los toros de poncho?

—Que al Padre Cayetano se le ocurrió la loca idea de incluirlos en Corpus Christi en la romería de cada santo, de cada circunscripción, para que las cosas cobrasen carácter de competencia y diversión. El no contó con que estos toros, que serían parte del show para incrementar el acopio de materiales para el acabado de la Iglesia Matriz, se convertirían en su principal atractivo, a tal punto que uno llega a olvidarse de la naturaleza mística de

Corpus Christi y de la santidad de los santos de los caseríos para concentrar su interés sólo en las danzas del indio Catequil.

* * *

Al año siguiente, en Corpus Christi, los chilchos y demás extranjeros, que digo, estancieros, volvieron a invadir la villa de Celendín con sus toros y sus danzas, llevando al Padre Cayetano, ya no materiales de construcción, sino los productos representativos de sus caseríos. Los conjuntos de las danzas de otros caseríos fueron desarrollando características y emblemas particulares. Impacta por ejemplo, la Danza Llanguatina, a la cual describe Don Alfonso Peláez Bazán: “Sus devotos portan como emblemas gruesas cañas de azúcar con todas sus hojas. De los palos del anda penden tremendos poros de miel. Los danzantes visten extrañas indumentas adornadas con choloques, shilshiles y cuernos de venado.”

El cura no pudo evitar ni los obsequios ni las danzas de Catequil, porque era él quien les había incentivado y dado sus toros.

Al tercer año no tuvo más que aceptar todo esto en Corpus Christi, con tal de que se quedaran danzando en el atrio del templo, mientras adentro se celebraba la Eucaristía con reverencia y santidad.

* * *

—¿Por qué mierda tenía que meterse el indio ése, el Catequil?

—Sí, pué. Pero lo mejor del caso es que las danzas del Catequil y los toros del Padre Cayetano, nos llegaron a gustar mucho.

Don Alfonso Peláez Bazán escribió una historia con el título, *Cuando recién se hace santo*, donde se refiere hechos similares ocurridos un siglo después en los tiempos del alcalde Don Eleuterio H. Merino, que revelan que la triquiñuela del Padre Cayetano aun permanecía latente y funcional en la memoria de los más preclaros anticuarios de Celendín.

Se trataba de reunir los materiales para terminar la construcción de otra iglesia, la de la Purísima. Uno de los concejales propuso solicitar la contribución de todos los caseríos para proveer adobes, madera, carrizos y tejas. Y otro concejal habló de la conveniencia de tomar en cuenta al santo de cada caserío, para que sus moradores se sintieran obligados a cumplir.

Como mandato municipal se les asignó sus contribuciones a Santa Rosa de Guayabas, a San Francisco de Chuclalás, a San José de Pilco, a San Isidro Labrador, a la Candelaria de Chacapampa, etc. No se escaparon ni los niños, porque al Niño Dios de Pumarume le asignaron la cuota de 2.000 tejas y 100 manojos de cueña para amarrar los carrizos en el techo. Según las expectativas, la obra sería terminada antes del 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción.

La historia de Don Alfonso Peláez va por otra dirección y refiere lo que le ocurrió a uno de los santos de la comprensión, el único que prestó oídos sordos al mandato municipal. Me refiero nada más ni nada menos que a Don Sheba, San Sebastián de Llanguat, a quien se le asignó la cuota de 20.000 carrizos, porque estos se producen en abundancia en su valle. ¡Pero los llanguatinos maldiciaus no aportaron ni uno!

* * *

Llegado el día de las Danzas de Corpus Christi el alcalde lo desvió a Don Sheba de su rumbo, y en lugar de entrar horondo en los atrios de la Iglesia Matriz, fue a parar en la cárcel pública por una noche entera.

Cuenta Don Alfonso que esa noche el alcaide hizo meter a la cárcel, sigilosamente, seis botellas de cañazo, tres libras de coca, cinco trueques de cal y diez atados de chuscos. ¡No era posible que los presos dejaran pasar así nomás una noche tan extraordinaria! Tenían por compañero de prisiones, ¡nada menos que a San Sebastián de Llanguat!

El cholo Julca se puso a soplar la coca en su mugriento poncho. El manqueras repartió la cal. El Tongo repartió los chuscos. El Vargas cateó el trago, y el Guacrayo no dejaba de proferir blasfemias.

En medio de una salmodia de caleros, San Sebastián oyó todas las cosas de que son capaces los hombres.

A las seis de la mañana tenía nublados de humo los ojos, y a su alrededor se podía ver un repugnante saldo: Infinidad de puchos sobre un suelo teñido de verde.

Y a uno de los presos se le ocurrió decir: “¡Santo va a ser recién desde ahora!”

* * *

En síntesis, el hecho de que en Celendín la fiesta de San Juan pase desapercibida y no tenga ninguna trascendencia sólo se puede explicar argumentando que las celebraciones precolombinas de los chilchos relativas a la noche más fría del año fueron transferidas a Corpus Christi, no obstante el riesgo de ensuciar de paganismo la más pulcra celebración de la cristiandad.

Como se ve, hubo intereses circunstanciales detrás de esta triquiñuela del Padre Cayetano, y aunque tuvo ventajas, porque les hizo pisar el palito a los chilchos, modestia aparte, el padre terminó pisando él también el palito, o como dice la palabra, terminó metiendo las cuatro patas.

Todo parece indicar que las celebraciones indígenas de la noche más fría del año fueron transferidas intencionalmente a la fiesta de Corpus Christi.

Y lo peor del caso es que el producto sincretista de las Danzas de Corpus Christi nos llegó a gustar. En mi caso, cuando vi que mi sobrino Elmer Machuca tenía un cuadro al óleo de las Danzas de Corpus Christi lo ajoché para que me lo vendiera. No me convencía diciéndome que el pintor era el Charro y que él podía pintar un cuadro parecido para mí. Insistí e insistí hasta adquirirlo para decorar mi oficina, porque la escena se sitúa en mi calle, José Galvez, y trae a mi mente lo ocurrido cuando el alcalde Eleuterio H. Merino y mi abuelo el Capitán Zaturino Chávez lo metieron a la cana a Don Sheba de Llanguat.

7 EL INDIO CATEQUIL

Después de todo, ¿quién habría sido ese tal Catequil?

Su status divino se ha venido por los suelos con el advenimiento del cristianismo, y si los estancieros de Celendín lo mencionan, es sólo para echarle la culpa de la falta o por el exceso de lluvias, porque en su cosmovisión lo consideran nada más que un indio cualquiera que está a su entero servicio.

Para aclarar el misterio que rodea a su persona, paso a referirte una anécdota:

El diluvio del 17 de marzo del 2005, día en que estaba programada mi conferencia magistral en la Casa de la Cultura de Celendín, sólo era comparable al diluvio que me hizo perder mi vuelo de Ciudad de México a Tel Aviv, el día que el dios Tlaloc hizo su ingreso al Distrito Federal.

Yo acababa de partir de mi hotel, el Hotel Covadonga, que se encuentra detrás del Teatro Blanquita, rumbo al Aeropuerto Internacional, con suficiente anticipación. Pero de nada sirvió, porque el taxi avanzaba a metros a causa de las poderosas aguas del diluvio y de la congestión de vehículos que paralizaron totalmente la ciudad.

Recién entonces me enteré que acababa de ingresar al Distrito Federal, Tlaloc, el dios de la lluvia, a quien pocos días antes había tenido el gusto de conocer en su templete de Teotihuacán. Lucía tan inofensivo. . .

Para ir al centro y adentro, el Catequil es el Tlaloc choloandino.

* * *

Mi conferencia magistral coincidiría con la presentación en la Casa de la Cultura en Celendín, del libro *El Canal*, escrito por José María Salcedo, donde da los primeros pasos para exponer a los verdaderos culpables del desfalco en desmedro de la irrigación de Celendín.

En este su libro cita las palabras del sabio maestro, Don Saúl Silva, que se refirió a semejante descalabro financiero diciendo: “¡Han gastado 14 millones de soles! Si en lugar de 14 millones de soles hubiéramos puesto 14 millones de ingenieros pegados boca con poto, a esta hora ya estuviéramos regando las pampas de Celendín.”

Salcedo estuvo a punto de exponer al pez gordo, y tan a punto, que menciona su nombre, pero no de una manera explícita.

Pero ocurrió que. . .

* * *

Los que venían a Celendín por avión para mi conferencia magistral no pudieron aterrizar en Cajamarca, porque el aeropuerto estaba anegado y persistían las lluvias. Decenas de vuelos fueron cancelados en Lima y en Trujillo, y los que lograron despegar tuvieron que ser desviados a Chiclayo.

Los que venían por la Carretera Panamericana se encontraron con inundaciones y puentes caídos, y derrumbe tras derrumbe a partir de la represa del Gallito Ciego.

Los que venían de Cajamarca se encontraron con que extensos tramos de la carretera habían desaparecido a causa de los derrumbes, como si hubieran sido tragados por un gigantesco dragón mitológico de consistencia acuosa.

* * *

En Celendín mismo las cosas iban de mal en peor. Hacía diez días que llovía tanto, que el antiguo lago de Muyucchocha, llamado Chilindrín en los tiempos de los chilchos, parecía volver y remplazar el floreciente damero.

En las calles el agua corría día y noche como ríos desbordados. La gente tiritaba de frío, y el Tragadero se encontraba tan atorado que ya no tragaba ni bestias ni cristianos. Hasta los duendes lo miraban compungidos. Y para colmo de males, no había agua potable en las casas a causa de los derrumbes en el canal, los cuales habían echado a perder las tomas de El Toro y de Sendamal.

Y allí me encontraba yo, dispuesto a entregar por escrito el nombre del culpable de todo al Dr. Manuel Sánchez Aliaga, Director de la Casa de la Cultura de Celendín, y al Presidente de la República. Pero en ese preciso momento se desprendió un pedazo del embarrado del cielo raso y se precipitó sobre mi mollera, abriendo trocha a una enorme gotera que parecía una chorrera del Mutuy.

* * *

Me rasqué la cabeza y proseguí con mi conferencia magistral:

El hecho de que en sus dominios los Incas impusieran el culto de Inti, el padre Sol, no ha sido investigado hasta las últimas consecuencias. Prevalece el concepto de que Inti fue el dios de la civilización Tiwanaku y que los Incas derivaron su culto de la cuenca del lago Titicaca, como lo indica la versión oficial del mito de Manco Cápac y Mama Ocllo.

Yo mismo me he tragado el cuento, porque los aymaras que descienden de los antiguos tiwanakotas y con quienes convivo en el Altiplano boliviano no tienen memoria de otro dios precolombino que Inti. Pero las cosas parecen no haber sido así.

Yo sospeché desde un principio que había otro dios cuyas imágenes y atributos están a la vista, aunque no sepamos su nombre.

Yo lo identifiqué al buscar conocer mejor a otra persona que me apasiona más: El bienaventurado Padre Cayetano, el primer sacerdote español que vino a Celendín y definió el desarrollo de la mentalidad de nuestra gente y de nuestro folklore. El mismo que ha sido rescatado del Sheol, la morada de los muertos, por el antropólogo celendino Jorge A. Chávez Silva, el Charro.

* * *

Cuando examiné los entretelones de la versión shilica del Corpus Christi descubrí que las celebraciones nativas del día más frío del año fueron transferidas a la fiesta católica. Y sospeché que un dios desconocido había hecho del Padre Cayetano el burlador burlado.

¿Por qué?

Porque cuando el Padre Cayetano le cerró la puerta para que no entrara al templo católico, el indio resultó estar adentro, chupando gratis, bailando toda la noche con la novia y besándola en la boca ante la vista del novio. Sino, ¿de dónde salió esa musiquita

cachacienta de las danzas de Corpus Christi que Don Alfonso Peláez califica de “cavernaria”? ¿Y de dónde salieron esos pasitos bufos al compás del bombo y del virucho?

¡Por Mariasantísima! Pensé encontrarme cara a cara con ese dios desconocido, ¡y me encontré con un indio descosido!

* * *

Ahora bien, desenmascarar a un dios bufo no es asunto fácil, porque es posible que aunque no lo vemos allí se burla de los que intuimos su realidad. Por tanto, se requiere de un sofisticado instrumental que sólo la moderna ciencia arqueológica y la antropología cultural han podido implementar.

Después de graduarme como arqueólogo en la Universidad Hebrea de Jerusalem me propuse estudiar estos hechos con la Dra. Josefina Ramos de Cox, Directora del Seminario de Arqueología del Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde yo era profesor. Por un tiempo estuve escribiendo mi tesis doctoral al respecto.

Había que estudiar sus atributos y símbolos en todo el radio de su manifestación. Y para evitar que se nos escapase, había que dar la impresión de que no nos interesaba saber su nombre. Pero el nombre es la llave de la persona, y quien tiene acceso al nombre, tiene acceso a la persona y a todo lo que es, y posee, y es capaz de hacer.

* * *

Ahora bien, la mayoría de los investigadores se enfrascan en la máscara y el atuendo. A causa de esta limitación conceptual se quedan con la sábana entre las manos después de que el bufo se les ha escapado sipralla. Por eso, al estudiar la divinidad que está detrás de la estela de Muyuc Chico, descubierta en Celendín, intenté definir sus atributos órnito-felino-ofídicos (de pájaro, felino y serpiente) sólo como punto de partida, sospechando que en las civilizaciones Chavín y Tiwanaku, y en las culturas más tardías, la divinidad principal habría sido otra, y no el Sol.

Antes de que yo publicara mi artículo sobre la divinidad de Muyuc Chico en *Cuadernos de Arqueología Andina*, el Dr. Federico Kauffmann Doig había llegado a la misma conclusión que yo, y en su *Manual de Arqueología* llama a ese dios, “la divinidad de los fenómenos meteorológicos”, enfatizando en la lluvia.

Estaríamos, pues, en la antesala de afirmar que la divinidad común de los antiguos quechuas y aymaras, esa que a menudo se disfraza de niño para mearnos y anegarnos, es semejante al dios Tlaloc de los mexicanos, por no decir que es el mismo cholo con diferente taparrabo.

* * *

¿Cómo representarían a esta divinidad?

Cuando pensábamos que sería demoníaco, angelical o extraterrestre, resulta haber sido cholo, humano.

Su atuendo ceremonial de pájaro representa su dominio en el aire.

Su atuendo de felino representa su dominio en la tierra.

Su atuendo de serpiente, o de serpientes, representa su dominio en el mundo subterráneo. Y en el caso de la divinidad de Muyuc Chico, la representación de estas

serpientes se confunde con la de flechas, que no son sino los rayos que lanza a los cuatro vientos en el apoteósico momento de su teofanía o manifestación.

* * *

¿Lo has visto? ¡Claro que sí! Pero así como yo, no lo conocías. . .

Su foto aparece en la Estela de Raimondi, de la civilización Chavín.

Está representado en la Puerta del Sol, de la civilización Tiwanaku, erróneamente designada como “del Sol”, cuando debía ser llamada “de los rayos y de la lluvia”.

Está representado en los diseños de los tejidos de la cultura Paracas.

Está representado en la cerámica Wari-Nasca, y de manera más estilizada en la cerámica de Cajamarca.

Está magistralmente representado en piedra en la estela de Muyuc Chico, donde se observa con más claridad que de dicha divinidad proceden los rayos —representados como flechas— lanzados a los cuatro puntos cardinales.

Con ligeras variantes se encuentra también representada en la Puerta del Sol en Tiahuanaco, en la lejana Bolivia.

Su difusión es pan-andina.

Pero, ¿cómo mierda se llama?

* * *

Identificar por nombre a este dios podría ser el acontecimiento arqueológico del siglo, después que los Incas y los españoles hicieron todo cuanto pudieron para mantenerlo oculto en el anonimato.

Sin duda tuvo diferentes nombres en las diferentes regiones del Ande, desde Ecuador hasta Chile y Argentina. En las tierras de Celendín se ha pegado al habla de los estancieros el nombre Catequil, asociado con las lluvias. De cualquier catástrofe meteorológica le echan la culpa a “ese indio tal por cual”.

Su fiesta era celebrada por los chilchos en la noche más fría del año, en el solsticio de verano, el 21 de junio, un hito tan importante para la agricultura que los aymaras consideran el primer día del año.

Las celebraciones, con música “cavernaria”, danzas bufas y ofrendas representadas por el maíz se han conservado en Celendín en las danzas de Corpus Christi.

* * *

Al Padre Cayetano se le ocurrió una triquiñuela más que consideró genial: Madrugarlo al indio Catequil canalizando sus ofrendas a las celebraciones de Corpus Christi el 8 de junio. Pero el cura no se imaginó, que junto con sus ofrendas el indio Catequil se metería en la religión católica para quedarse —lo que se llama sincretismo—. Después de todo, ¿en dónde podía estar más a gusto el maldiciau? Sin la triquiñuela del Padre Cayetano, el indio Catequil sería todo “un don nadie”.

El Padre Cayetano no se imaginó que sus danzas del Catequil harían pareja con los toros de poncho del cura para caracterizar al Corpus Christi shilico *per seculo seculo seculorum*, ¡amén!

* * *

Por allí había que empezar; por la investigación del fenómeno de las danzas de Corpus Christi.

Pero, volviendo al Catequil, ¿por qué se lo recuerda con tan poca emoción hasta el punto de que ahora no se sabe si fue un dios, un demonio, un guerrero o un indio cualquiera?

¡Cuidado! Podríamos estar ante otro subterfugio del Catequil y de nada nos serviría exponer su sincretismo con la religión católica. El Doctor Nelo (Daniel Quiroz Amayo) indica que Fernando Silva Santisteban identifica con Catequil al “guerrero mitológico” representado en un fragmento de cerámica Cajamarca II, que porta un escudo y una mazorca de maíz, y danza como descosido. El podría ser el mismo personaje que en otro fragmento porta una flecha, el símbolo del dios.

—¿Y si fuera Catequil?

—Aparte de sus atributos meteorológicos resultaría también ser chocarrero y bufón, exactamente como sus súbditos de las danzas de Corpus Christi: Como las danzas de la Guayabina y de Llanguat.

—¡Qué pendejo el indio Catequil! ¿Di?

* * *

El Catequil es pues el mismo Tlaloc de México, de modo que. . . ¡respetos guardan respetos!

Al principio de esta historia me referí al ingreso del ídolo de Tlaloc a Distrito Federal, para su establecimiento en su nueva morada en Chapultepec, en el exterior del Museo de Antropología.

Afirmaron autopistas y avenidas para el paso de la enorme plataforma sobre ruedas que transportaría a su enorme ídolo de piedra. Se escogió el día y la hora más adecuados para el acontecimiento que sacó a la calle a millones de ciudadanos orgullosos de su cultura mexicana. Pero cuando el cortejo sagrado ingresó a la ciudad, se abrieron de par en par las compuertas de los cielos, y el universo acuoso se precipitó encima de la ciudad.

8 EL JINETE NEGRO DEL MUTUY

Mucho tiempo después que el Padre Cayetano entregara su alma al Creador, su presencia se sentía en las inmediaciones de esos bucólicos parajes de La Concertina, La Feliciano, la Poza del Cura, las rocas cuarteadas del cerro Padrerume, las zanjas de La Tranca y el tenebroso Tragadero que sigue siendo la antesala del infierno y su escondite del Guacrayo.

Por mucho tiempo se escuchaba en el anochecer o en las horas de la madrugada, el choldój, choldój de sus pataleos y chapuzones en la Poza del Cura, y a causa de tales asociaciones, aun de día y con Sol hay quienes se mean de miedo al pasar por esa gélida concentración de aguas.

Algunos atestiguan haber visto la forma de un hombre que parece encorvarse junto al agua, conteniendo su ingle con su mano, con expresión de sumo dolor, para luego sumergirse lentamente y desaparecer en la parte más profunda.

Otros dan testimonio de haber escuchado un grito seco de entre las chorreras del Mutuy, como si una mujer fuera atravesada a espada. Aun se siente su resuello jadeante en la quebrada que desciende a la campiña, rutilante, en hilos de plata.

* * *

El Padre Cayetano ha dejado impregnadas en las rocas calcáreas, en las pencas turquesas y en los matorrales su enigmática soledad y santidad.

Estos parajes colmaban su vida, y el diálogo casual con los estancieros eran su pan cotidiano.

Estos lugares visitaba continuamente para mantenerse en forma en lo que respecta a su aseo personal y a su práctica de la natación, como para ministrar espiritualmente a los chilchos y a los españoles desplazados.

Se le veía muy a gusto en las inmediaciones del potrero de La Tranca y en la fiesta que los estancieros celebran en honor de Santa Rosa el 30 de agosto. Entonces participaba de los ñates y chicharrones, y “se daba una tranca” que significaría emborracharse con los seres desplazados de ese potrero de Celendín. De allí derivaría la expresión popular de “darse una tranca”, una borrachera en el más pulcro estilo guayabino.

* * *

Los vecinos de La Tranca se ufanaban de su presencia y se aseguraban de que bendijese su fiesta.

El solía acudir vestido de gala, cabalgando su hermoso caballo blanco enjaezado con oro y plata.

Tiempo después que subió a la presencia del Señor, hacia arriba, en Mangash, atestiguan haber visto por las faldas del cerro Padrerume en las noches de Luna a un sacerdote de sotana negra y sombrero de paja toquilla.

Su caballo va de arnés, y de rato en rato sus cascos arrojan centellas a las zanjas de regadío junto al pedregoso camino.

Y cuentan que mientras se acercan temerariamente, el cura se convierte en un pavo real azul metálico y fosforescente, y su caballo se disuelve en la luz de la Luna. Y todo el entorno es absorbido por el silencio de un extraño frío polar.

* * *

Han pasado más de dos siglos, y estas historias han venido siendo relegadas al olvido. Sólo las recrean y las viven los anticuarios chochos de mi pueblo, los que se entretienen y entretienen con cuentos de almas y versiones de entierros y de tesoros escondidos. Pero no se atreverían ellos mismos a darse un paseíto por La Tranca a la luz de la Luna o subir por las terrazas de la quebrada del Mutuy. Y porque sé que no se atreven, le propuse al Charro un paseo de esta clase por el Mutuy.

Le dije:

—Tómalo como deporte de alto riesgo, porque lo máximo que te puede ocurrir es que te desbarranques al trepar hacia los Hornos de Cal y te destroces tu guashatullo.

Me dijo:

—¿No te parece que dos siglos es bastante para que un alma siga en pena o en faena? Además, tengo miedo de los comentarios de la gente y de los Mulloshingos que editan la revista JELIJ.

Le dije:

—¿Y si la Feliciano se presta a guiarnos como la Beatriz Portinari a su amado Dante en su visita al infierno?

* * *

Le aposté a que no vendría conmigo, y me ganó.

La noche pactada nos abrigamos bien con unos ponchos prestados. Cubrimos nuestras cabezas peladas con sendos potochos shilicos, tomamos unos palos para protegernos de los perros. Hicimos escala en los toldos de la Feliciano para darnos valor y nos dirigimos a pie por la carretera hasta la curva donde se empieza a ascender al cerro Jelij pasando por Los Hornos de Cal.

Nos apartamos de la carretera y empezamos a descender por la quebrada del Mutuy y le digo:

—¿Escuchas el agua de la quebrada cuando esconde su curso entre las rocas?

Me dice:

—Es sólo tu imaginación porque la quebrada cuandázo nomá que se ha secado.

Le digo:

—¡Cuídate de resbalarte!

Y sí diciendo, ¡el Charro se da un resbalón y se destroza el guashatullo!

* * *

Grande temor me sobrevino de que sus mujeres y sus familiares me resondraran por haberlo inquietado a resbalarse, ¡justo antes de que empezara su fiesta de Nuestra Señora! ¡Peor todavía si me enjuician! Y me moría de pena imaginando a su hijita Xiomara sin su sonrisa festiva.

Ahora si que el pobre no va a poder subir al chaque, ¡menos al palco! Habrá que hacer que se siente en una silla en la barrera, a riesgo de que lo otee el bravo y venza saltando por su encima.

Y más me consternaban sus delirios porque me decía con voz entrecortada y quejumbrosa:

—Llévame a ese castillo, Sancho, porque allí me espera mi dulce Dulcinea.
Y señalaba a los Hornos de Cal.

* * *

Viéndolo bien, a esas horas lo más prudente era dejarlo en Los Hornos y correr hacia el puesto de la Guardia Civil que hay en La Felicianana para buscar ayuda y llevarlo en un auto a la Posta Médica.

La mejor manera de escapar de toda esta situación engorrosa sería amontonarlo en la puerta de su casa, para que piensen que entre copas se había caído y se había sacado la chochoca. El mismo me dio esa idea:

—Tú sólo dirás que me encontraste caído y me rescataste con un carro de la policía.

Le digo:

—Y tú, qué explicación le darás a tus mujeres de andar a esas horas por esos lares?

Me dice:

—Les diré que no me acuerdo nada.

Le digo:

—Trata de ser consecuente, Charro. Tú no has bebido. . .

Me dice:

—Entonces tendrás que gastar en cañazo para hacerme beber. Por lo menos haz eso, después de haber sido tú de la idea de traerme por estos sitios tan tenebrosos.

* * *

De pronto miré que detrás de un arbusto de sauco se apareció el Jinete Negro del Mutuy montado sobre su caballo blanco.

Quedé helado ante semejante visión, pero no le dije nada al pobre Charro.

El jinete permaneció un rato, señal de que era real. Después de todo, ¿qué fantasma permanecería en el camino como esperándonos? Y se me entró la tentación de llamarlo para pedirle socorro.

Me acerqué al árbol de sauco, y el jinete negro me extendió sus manos y me dijo:

—¿Se ha desbarrancado el señor?

Su aliento a cañazo me confirmó que no se trataba de un fantasma. Y perdí el miedo cuando puso su pañuelo en el pico de su botella, lo impregnó de aguardiente y lo puso como compresa sobre la frente del Charro.

Luego dijo:

—Lo llevaremos a la posta. Acomodémosle sobre el caballo en posición decúbito ventral.

—¿Es usted médico? —le pregunté—.

—¿Por qué crees que soy médico?

—Porque dijo “decúbito ventral”. . .

—Ah, no, hijo. Yo soy cura. —Concluyó—.

* * *

Cuando dijo “cura”, me desvanecí. Pero alcancé a escucharle decir: “Ahora, ¿qué me hago por estas bajadas con este par de viejos cojudos?”

Después de una hora volví en sí en una casa de La Tranca, y una muchacha guayabina me dice, señalándolo al Charro:

—¡Este viejito está como nuevo! No tiene nadita.

Y fija su mirada en mí y exclama:

—¡Y a usted yo lo conozco! ¿No es usted su hermano de doña Dianira y de Don Delesmiro? Usted siempre me compra mi pan de agua que llevo a vender en la plaza.

Yo le pregunto:

—¿Y quién nos trajo acá?

Y ella responde:

—El Jinete Negro del Mutuy, lo trajo cargado sobre su caballo blanco.

* * *

Un policía nos dio un aventón, y cuando llegamos a los toldos de la plaza de toros de La Felicianá, el Charro se incorporó, y de un salto bajó diciendo:

—¡Aquí me apeo!

El policía, al verlo caminar todo prosalla, comenta:

—Algo me decía que se hacía el muerto.

Y yo digo en mis adentros: “La próxima vez no lo acompaño al Charro en sus aventuras nocturnas, aunque me ruegue. . . ¡Y aunque me gane la apuesta!”

9 LAS GUAYABAS DE LA TRANCA

- Así es pues. . . Las Guayabas de la Tranca. . .
 —¡Craso error! ¡Tremenda mentira! ¡Ignorancia supina!
 —¿Por qué pues me tratas así, coche?
 —Porque en La Tranca no se dan las guayabas. ¡Nuay guayabas en La Tranca!
 ¡Simplemente nuay! Las guayabas son del temple. En La Tranca no hay guayabas. ¡Nuay!
 ¡Craso error! ¡Tremenda mentira! ¡Ignorancia supina! A la prueba me remito.
 —Masque yo también, ¡a la prueba me remito!

* * *

Se cuenta que mientras envejecía el Padre Cayetano, más tiempo que a su labor pastoral en la villa daba a sus visitas consuetudinarias a los diversos parajes de la campiña de Celendín.

Salía de su residencia en La Concertina y proseguía a visitar La Feliciano, la Poza del Cura, el Cerro Padrerume, la quebrada de Mutuy, sin excluir el Tragadero. El dejó impregnadas en las rocas calcáreas, en las pencas turquesas y en los ralos matorrales y rangras el perfume de su misteriosa personalidad y el halo de su santidad.

—El hizo mucho por la gente de estos lugares. Sobre todo se esmeró por dar al caserío de la Tranca una personalidad folklórica impactante, porque le gustaban sus guayabas de las cuales decía “eran el fruto prohibido y el premio del paraíso”. Y en cuanto a las Guayabas. . .

—¡Y dale con las guayabas! Ya te he dicho que las guayabas son del temple. En La Tranca no hay guayabas. ¡Nuay!

—Yo también ya te dije que a la prueba me remito.

* * *

Santa Rosa de Guayabas era el nombre señorial que sus propietarios le daban a su extenso solar contiguo al potrero de La Tranca.

El nombrecito le era conocido al Padre Cayetano, pero a pesar del cariño que les profesaba, optó por no reconocerlo como parroquia oficial. De este hecho tan simple en apariencia derivan otros que le pararán las orejas al más desorejado:

—Primero, ¿de dónde salieron las guayabas?

—Segundo, ¿por qué hubo tanta reticencia para cambiar el nombre del potrero de La Tranca por el apelativo señorial y aristocrático de Santa Rosa de Guayabas?

—Tercero, ¿por qué no hubo, por tanto tiempo, autorización para que este influyente caserío tuviese su propia capilla?

* * *

Cuentan que en realidad, el Padre Cayetano llegó a ser compadre espiritual de los dueños de la santa, de Santa Rosa de Lima. Con todo, él decidió postergar la decisión a pesar de su anuencia y de su aprobación de facto. Quizás razones de índole espiritual contrapesaban en la balanza de su alma, y por más de un siglo nadie entendió sus sin duda sabias razones. Pero ahora estamos en condiciones de conocer los entretelones de su alma.

Entender las cosas demanda que antes metamos las narices en ciertos aspectos interesantes del folklore celendino.

En Celendín se llama “las danzas” a los conjuntos de danzantes que junto con sus respectivos toros de poncho, de bayeta, o en tiempos modernos de tocuyo, van delante de la imagen del santo de cada caserío, y en Corpus Christi ingresan a la villa en un festivo arrebol.

Muchos son los celendinos que confunden las cosas y llaman a las danzas del caserío de Llanguat, “Guayabina”, porque en este valle se dan abundantemente las guayabas. ¡Craso error! ¡Ignorancia supina! Porque “Guayabina” es la designación de las danzas del caserío de Santa Rosa o La Tranca, que está al sur-este de la campiña de Celendín y que nada tiene que ver con el valle encantado de Llanguat.

Y la pregunta del millón de dólares es: ¿Por qué la designaron con ese nombre si en La Tranca no hay guayabas?

* * *

La historia de La Guayabina ha sido reconstruida por el Amauta, Don Orestes de Tavera y Quevedo y por su discípulo, Don Ibo de Sánchez y Chávez, pero por alguna razón, después de un anticipo editorial no alcanzaron a dar a conocer su informe final en la revista JELIJ, aunque compartieron el borrador de su escrito con este humilde servidor.

A continuación lo expongo con la venia de Don Javier de Tavera y Quevedo, hermano y heredero espiritual del Amauta.

Las cosas se remontan hasta los días oscuros del ministerio terrenal del Padre Cayetano en Celendín. El Amauta ha recogido información acerca de los antecedentes del nombre del caserío de Santa Rosa de Guayabas y expresa que en este caso extraño, el caserío cambió de lugar juntamente con su santa, justamente a La Tranca. ¡Es verdad, aunque usted no lo crea!

Casualmente a esto se debe la extraña asociación del nombre del caserío, tanto con la imagen de Santa Rosa como con las guayabas.

* * *

Las cosas no empezaron pues en La Tranca, en la campiña de Celendín, sino en las estribaciones orientales de la cadena del Jelij, en ciertos parajes feraces con abundantes guayabos y limoneros que fueron motivo de la codicia de dos familias castellanas.

Con el tiempo, la hacienda pasó a manos de las familias Mejía y Alva, ambas asociadas y disociadas, porque sus desavenencias nunca encontraron solución.

Para empezar, tenían desavenencias con relación al nombre de la hacienda. Los Alva la llamaban “Las Guayabas”, porque les gustaban las guayabas. Y los Mejía la llamaban “El Limón”, no porque les gustasen los limones sino sólo por no darles la razón.

Como no se pusieron de acuerdo, los Alva optaron por llamarla Santa Rosa, porque habían llevado su imagen a Celendín, y le construyeron un oratorio y fijaron la fecha de la fiesta para el 30 de agosto, como se ha fijado de manera oficial.

Pronto los Alva empezaron a llamar a la hacienda “Santa Rosa de Guayabas”, porque les gustaban mucho las guayabas. Así volvieron a manifestarse las desavenencias, porque los Mejía veían más apropiado llamarla “Santa Rosa de Limón”, tanto por los excelentes limones que se dan en el lugar como por las asociación con Santa Rosa de Lima que suena como Limón. Casualmente, en el lenguaje dicharachero a Lima se le llama Lima-Limón.

Lo peor del caso es que los peones y los campesinos de las tierras aledañas hacían partido por los Alva o por los Mejía, y su vida era un continuo altercado.

Por fin, los Alva les dieron el tiro de gracia a los Mejía: Dejaron la hacienda y se volvieron a la campiña de Celendín, de donde eran, llevándose su imagen de Santa Rosa a cuestras. Ya te puedes imaginar lo que significó su movida para Don Pedro Mejía y su partido, que se quedaron con el oratorio vacío, con los crespos hechos, y con su Limón, porque así se llegó a llamar ese paraje de encanto: El Limón.

* * *

¿Y qué pasó con los Alva y con su imagen de Santa Rosa de Lima?

Ellos invocaron la ayuda de la santa para triunfar en este lado del cerro Jelij, sobre sus rivales que dejaron al otro lado, y decidieron no cejar con respecto del nombre. Así llamaron a La Tranca, Santa Rosa de Guayabas, aunque no hubiera guayabas allí. ¡Capricho shilico!

En Santa Rosa de Guayabas, es decir, en La Tranca, se hizo cargo de la imagen de la santa la familia de Doña Rosa Alva, apodada “Guayabina”, por ser adalid del partido de las Guayabas, aunque algunos dicen que era porque olía a guayabas, que como se sabe exhalan un delicioso perfume. En su casa se celebraron muchos años las fiestas del 30 de agosto, para lo cual un músico de Rioja, aficionado a la flauta y a la caja, organizó la banda y las danzas con el toro de poncho que el Padre Cayetano había recibido como regalo de un chaval cuyos padres vivían en el arrabal de Padrerume.

* * *

Así se origina la melodía salvaje o “cavernaria”, como la llama Don Alfonso Peláez, y la extraña coreografía de la Danza de la Guayabina, cuya característica principal que la diferencia de las danzas de los demás caseríos es que sólo está formada por jóvenes robustos ataviados con sombreros shilicos. Sus ponchos están teñidos del color crema de la guayaba y rayas ocres como del toro de poncho original del chaval de Padrerume. Los llevan sobre el pecho cruzados en diagonal y sostenidos en el cinto con grandes imperdibles.

Más tarde, Don Rufino Alva, Don Grimaldo Roncal y otros distinguidos del lugar dieron inicio a la construcción de la capilla de Santa Rosa e hicieron gestiones en la Municipalidad de Celendín para que se cambiara el nombre antiguo de La Tranca a Santa Rosa nomás, olvidándose por el momento lo de las guayabas como se llegó a llamar en Celendín a todas las mujeres de La Tranca, perdón, de Santa Rosa.

De todos modos, el apodo de Doña Rosa Alva, el de “Guayabina”, se convirtió en gentilicio, y a las mujeres de La Tranca-Santa Rosa se las llama “las guayabinas”. Raro pero real.

* * *

A propósito de las guayabas, cuando viví en Jerusalem, como estudiante universitario me alegré mucho al ver en un lugar santo tan distante de nuestro planeta, en el mercado o *suq* de la antigua ciudad amurallada de Jerusalem o Ir Atiqáh, esta fruta que tanto me gusta olerla, y más morderla.

Yo me detuve para preguntar cómo llamaban a esa fruta los árabes de Israel, y me dijeron: “Se llama *guayaba*.” La pronunciaron exactamente igual como en Celendín.

La guayaba es originaria de América, y su nombre no cambia en todos los rincones del mundo.

En algunos países, como por ejemplo en Chile, se les llama “guayabas” a las muchachas agraciadas y en su punto chumbeque, debido al aroma que despiden y al dulzor que impregna la boca al morderlas.

—¿Ya ves, Coche? ¿Ya ves que sí hay guayabas en La Tranca? Yo te dije que a la prueba me remito.

—Me doy.

10 LA DISCRETA ENAMORADA

¿Qué las atraía tanto a su persona, me refiero al Padre Cayetano?

¿Sus labios encarnados?

¿Sus grandes ojos negros?

¿O sus nalgas apretadas, como las de un mataor que se yergue sobre sus pantorrillas ante la embestida del burel?

¿O acaso su sonrisa dulce y tierna que alumbraba el rostro entristecido de los niños pobres de Padrerume y del potrero de La Tranca?

Sin duda, era su sonrisa, que tenía una ambigua expresión de tristeza y de sensualidad.

Yo no juzgo ni condeno a las muchachas celendinas que se prendaron de él hasta el delirio, porque todos los testimonios apuntan al hecho de que el Padre Cayetano era realmente “majo”, es decir, hermoso.

* * *

Era inevitable que las chicas adolescentes, y una que otra señora oleada y sacramentada, se alocaran a causa de su *sex appeal*. Pero lo de sus nalgas apretadas me parece una exageración porque, ¿quién, en su providencia, pudo haberlas visto jamás debajo de su guarnecida sotana? ¡Aunque vaya usted a saber. . . !

Algunas mujeres fantasiosas pasaron de simples admiradoras y enamoradas secretas, a formar una especie de club de fans que se reunía periódicamente en la casa de una o de otra so pretexto de tejer y bordar. Pero en realidad lo hacían para intercambiar chismes y para experimentar un aguaceral de fantasías eróticas que afloraban a sus labios pero nunca condujeron a nada concreto en la vida.

—¡Jué! ¡Qué desperdicio! —decía una de ellas atragantándose de emoción al imaginárselo en la intemperie en la Poza del Cura, completamente desprotegido de su sotana.

La más entrada en años decía:

—Solo ha venido a Celendín para hacernos querer, ¿di?

Otras eran como la fábula de La Zorra y las Uvas, que al no poder alcanzar las uvas, la zorra decía: “¡Gran cosa! ¡Están verdes!”

Una de ellas se ufanaba de su experiencia en materia de “faldas abotonadas por delante”, y decía:

—¡Mejores cosas he visto!

Así conversaban mientras tejían y se reían escandalosamente en el alar, fantaseando cada una con el altar.

* * *

Cierta tarde el club de fans del Padre Cayetano se reunió en la casa de Doña Doris Pinedo con el pretexto de tomar café prieto con humintas cuchas. En realidad, se trataba de una moción sin precedentes que se vino a llamar, “la apuesta de las féminas” y que nada tiene que ver con ponerle el cascabel al gato.

Se empezó, como siempre con el orden del día, con las consabidas confesiones eróticas, con los poemas de amor y las expresiones de consuelo y desconsuelo.

Una de ellas confesó que se conformaría con poca cosa:

—¡Oh, que me mirara con sus ojazos negros!

Y entre risotada y risotada, punzaba con la punta de sus dedos índices sus senos turgentes.

Y otra, que se ufanaba de ser poetisa, decía las cosas en verso:

*¡Ay, Señor
que te agarras lo mejor,
y a nosotras pobres
nos dejas lo peor!*

Era una manera de parafrasear las palabras de la zorra de la fábula.

* * *

Un testimonio que se coló de esa sesión revela que “la apuesta de las féminas” consistía en ver “quién de ellas sería la bienaventurada que lograría hacerlo caer en sus brazos y en sus piernas”.

A Dios gracias, ninguna de ellas tuvo éxito en sus ardides y triquiñuelas. Pero aunque no se lo mencionaba, se sabía que las más audaces le habían confesado la pasión que las abrasaba. A Doña Sandra Jiménez que se le chispoteó el haberle tratado de tú a tú en el confesionario, y se lo dijo llorando:

—Amarte como yo te amo, no puede ser pecado.

Y doña Lucinda Rojas, su mujer del hacendado, constreñida por sus fantasías de tener un hijo de él, le dijo en un recodo del sendero que conducía a La Concertina:

—Tú no serías el primer cura que tenga una amante.

* * *

Aunque él no lo confesaba, él consideraba tales declaraciones estratagemas del demonio para desviarlo del paraíso donde le esperaba su novia eternal, la única jovencita que él realmente amó.

Ellas llegaron a sospechar y a acertar que detrás de sus reticencias habría una mujer, pero no se imaginaban que estuviese en el cielo. Sospechaban que habría optado por el sacerdocio tras una trágica experiencia sentimental. “De ser así”, decían, “¡tarde o temprano se refugiará en los brazos de una shilica!”

La bienaventurada resultó ser una muchacha en sus veinte, que según su propia confesión, jamás asistió a este club de fans, ni perdía su tiempo exteriorizando sus fantasías de amor.

Ella tenía una ventaja sobre todas las mujeres de la villa: Había cultivado la lectura, y aprendió el arte de amar mediante la literatura. Por ello se identifica en una carta que le escribe a una amiga, como “la Amarilis de Celendín”, aludiendo al amor platónico que experimentó una joven peruana por el poeta Lope de Vega, que si no te has enterado, también él optó por los hábitos sacerdotales después de una vida consagrada al pecado.

* * *

- ¿Se los puede considerar “amores platónicos”?
- ¿Qué quieres decir con eso de “platónicos”?
- Que para ella es la plata, y para él es el tónico.
- En el caso de la Amarilis de Celendín, ella tenía el placer y el consuelo que da la literatura. Estas cosas valen más que toda la plata y que todo el oro del mundo, decía.
- ¿Más que las delicias del sex?
- Ella firma como “Amarilis, la enamorada discreta”, y se considera la única shilica a quien él la besó, conforme a la palabra de Cantar de los Cantares que dice:

*¡Oh, que él me besara
con los besos de su boca!
Mejor que el vino es tu amor.
Por el olor de tu perfume
las jóvenes se enamoran de ti.*

* * *

En su carta ella parece aludir a una de las 1.500 obras de teatro que Lope de Vega escribió y que lleva por título “La Discreta Enamorada”, y al hecho de que no participó en la “apuesta de las féminas”. Para ella, el verdadero amor no compite, porque todo lo gana de antemano. Y en cuanto al beso, fue un beso para hacerla volver en sí de su desmayo que sufrió en las inmediaciones de la Poza del Cura.

La Discreta Enamorada refiere su experiencia en los siguientes términos: “El fue a buscarme allí porque me vio telepáticamente mientras oraba el “*ora pro novis*” —ella que no sabía latín creía que *ora pro novis* significa “ora por los novios”, pero significa “ora por nosotros”—.

Y prosigue: “Me vio en la boca de la madriguera justo en el momento en que me recuperé de un desmayo a causa de mi debilidad y me disponía a alejarme de las inmediaciones de la poza para regresar a casa. El fue para socorrerme y llevarme a mis padres.

En su carta que le escribió a una amiga concluye: “Soy la mujer más dichosa en la villa, por haber caído en sus brazos y haber recibido de sus labios un beso en mi frente.”

Las cosas se tornaron más difíciles para las féminas cuando el Padre Cayetano acabó de construir su casa en La Feliciano y se pasó a vivir allí dejando la casa que tenía alquilada abajo en la villa de Celendín. Me refiero a su casa llamada La Concertina, un remanso espiritual rodeado de un seto de rosas que impregnaban la atmósfera con su aroma característico.

11 SU SECRETO DEL BASASI



¡Todo lo que toca se convierte en oro! Y muchos han apostado para descubrir su secreto, el mismo que yo no tengo reparos en dártelo a conocer.

El viernes tuve el placer de conocerle a Bon Basilio Sánchez Silva y a su señora esposa.

Ellos pusieron todo de lado para recibirnos a mi sobrino, el Ing. Luis Mori García y a mí, en su oficina en su edificio junto a su Grifo BASASI (forma corta de Basilio Sánchez Silva), en el extremo sur de Celendín, como quien se entra a la santa ciudad.

Acerca de él había escuchado hablar en un paseo que hice a La Tranca, perdón, a Santa Rosa, un rincón paradisíaco en un extremo de la campiña de Celendín. Uno de mis acompañantes me señaló una pequeña casita que a duras penas parecía capilla, y dijo:

—El Basasi ha construido esa iglesia, y otra en tal lugar, y otra más en tal lugar, y otra en tal lugar. . .

Le digo:

—Seguramente él es evangélico o adventista, ¿verdad? Porque es raro que alguien se tome la iniciativa de construir él solo iglesias católicas. Aparte de eso, ha de tener recursos y generosidad, porque cualquier pelagatos no hace eso.

Y otro comentó:

—El se parece al rey Creso de Lidia: ¡Todo lo que toca se convierte en oro!

* * *

Se suele decir, “hay que ser narco para construir ese edificio”; pero, fijate que no; muchas veces las cosas no son así.

Mi sobrino Lucho pregunta:

—¿Y tú podrías descubrir su secreto del Basasi? ¿Quisieras conocerlo a él? Su esposa es hermana de mi tío Rudecindo Alva, a quien entrevistamos ayer respecto de la Danza Guayabina de Santa Rosa.

Mi sobrino me había paseado por los mágicos rincones de Chupset, la Poza del Cura, Mutuy, el Cerro Bocón, Padrerume, el Batán, los Hornos de Cal, las minas de mármol, el lecho geológico donde fuera descubierto el megaterio *celendinensis* y la capilla de Santa Rosa, tan vinculados con mi mundo infantil. Conocer al Basasi cerraría con broche de oro mi agenda en Celendín, y yo bien podría revelar su secreto, como es la expectativa de quienes creen que tengo la obligación de decodificar todo lo que tiene visos de misterio, díqué porque por algo me llaman “el Gran Mago Decodificador”.

* * *

En una de las paredes exteriores del grifo BASASI me llaman la atención las palabras del Salmo 23: “JEHOVA ES MI PASTOR; NADA ME FALTARA.”

Y cuando entramos en su oficina, resulta que en cierta forma yo le conocía al zarco, pues compartimos la misma experiencia relacionada con los secretos de la Biblia.

Su mujer, a su lado, no se desprende de su Biblia; la tiene abierta sobre un mostrador, y a ratos la cierra y la presiona contra su pecho como expresando su amor por ella.

Le digo, para incentivar el diálogo:

—Quien reproduce citas bíblicas en las paredes de su casa, oficina, jardines, o en sus camiones, se da a conocer como que está en “su primer amor”, ¿verdad?

Ella sonríe. Conoce eso del “primer amor”, pues se refiere a una experiencia descrita en la Biblia con la analogía de ese loco amor de La Tranca, que deja huellas profundas a partir de la adolescencia.

Yo le guiño a ella, y mientras el Basasi despacha a un agente pidiéndole que vuelva más tarde, yo le digo a mi sobrino:

—En otras palabras, él es un hombre enamorado. En eso reside su secreto.

* * *

Entonces el Basasi nos cuenta que tenía una sed que no podía saciar con nada conocido. Pero llegó a sus manos una Biblia, y su texto milenario produjo en él “novedad de vida”.

El tuvo la convicción de que al haber logrado una experiencia tan auténtica, debía ser bautizado, y buscaba el entorno que le permitiese crecer y actuar conforme a esta “novedad de vida”. Así es que cierto día se le ocurrió ir al río Marañón llevando en su enorme camión a unos 45 shilicos entre los que se contaban sus vecinos católicos, adventistas, presbiterianos, pentecostales, ¡la baticueva en pleno!

De buenas a primeras todos pensaron que se trataba de un picnic ecuménico, digno de nuestro Santo Moreno capaz de reunir alrededor de un solo plato, a perro, pericote y gato. Sólo uno de ellos, don Rómulo Díaz, respondió a la altura de las expectativas.

* * *

Los mackays, es decir, los presbiterianos, yo incluido, aceptamos el bautismo católico y tenemos la tradición de bautizar niños, y con tan poca agua que, como dicen nuestros amados hermanos mackays de Escocia: “El agua es agua aunque sea una sola molécula de H²O.” O como dice el bendito Tagaga: “¡Qué pue, ese poquito no alcanza ni pa mi muela!”

De modo que en lo que a nosotros concierne, el Basasi ya estaba bautizado de niño y no había nada más que remojar. Pero don Rómulo Díaz le dijo:

—Si es tu convicción que hoy debes ser bautizado por inmersión en el río Marañón, ¿quién soy yo para objetar el designio supremo? ¡Yo te bautizo *in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti!*

Y todos los del camión gritaron:

—¡Amén!

Lo bautizó por inmersión ante tan grande nube de testigos, y en las aguas del caudaloso río Marañón, al cual describe Ciro Alegría como una serpiente de oro que se serpentea por entre las cadenas de montañas de los Andes del norte del Perú.

Y he aquí que se abrieron las portadas del cielo, y vieron baile y banquete más arriba de la fila del Jelij. Y abajo, en la playa del río Marañón, ¡picnic, tutías!

* * *

Sus ojos les brillan de felicidad cuando cuentan que se decidieron por las Asambleas de Dios como asidero de sus pies y eligieron la Iglesia de Santa Rosa, porque es joven y dinámica. Al mismo tiempo atienden a sus polifacéticos negocios con éxito y prosperidad.

El Basasi se ríe de su hazaña, pero comenta con cierto rezago de tristeza: “Y fíjate que pocos días después el Rómulo se murió.”

Mi sobrino pregunta:

—¿Se murió por falta de picnic? ¿O porque lo bautizó al Basasi en el río Marañón y por inmersión, para que suene poético?

—Sea como sea, el Señor le dijo en el cielo: “¡Te felicito, paisano, porque actuaste de la manera correcta respecto de las cosas sagradas, en vez de jalar agua para tu propio molino!” —porque el Rómulo squé tenía su molino en Colpacucho—.

* * *

Me impacta el parecido de la experiencia del Basasi con la del ministro de finanzas de la reina Candace, de Etiopía, que en su sed de Dios había dado con el manantial de sus amigos judíos. Había adoptado su fe bíblica con tal convicción que le vemos en Jerusalem en la festividad de la Pascua, pero no en una Pascua cualquiera.

El era un hombre importante; por algo era un alto funcionario del reino. El hizo un viaje intercontinental en su propio carro y en su propio yate. Y en Jerusalem adquirió un rollo del profeta Isaías, similar al que se ha descubierto entre los Rollos del Mar Muerto y actualmente se exhibe en el Santuario del Libro en el Museo de Israel, en *Jerusalem*, como el tesoro más grande del mundo.

En esos tiempos, cuando los libros sagrados eran rollos de hasta diez metros de largo y el material era pergamino de piel de animales *kasher*, y los únicos autorizados para copiarlos a mano eran los escribas levitas. . . En esos tiempos, tener un solo rollo de los muchos que forman la Biblia era cosa de magnates.

* * *

Pero lo más resaltante es que en aquella Pascua, Jesús había sido glorificado, es decir, había resucitado y ascendido al cielo, y su rollo de Isaías del etíope incluía una profecía de este acontecimiento con detalles milimétricos.

El etíope llegó a conocerle vivo a Jesús, y le dijo al avangelista: “¡He aquí agua! ¿Qué impide que yo sea bautizado?”

Lo mismo dijo el Basasi: “¡He aquí las caudalosas aguas del río Marañón, la serpiente de oro! ¿Qué impide que yo sea bautizado?”

Y fue don Rómulo Díaz, un pastor presbiteriano, quien respondió sin tanto rodeo ni mentecatería: “¡Si crees, bien puedes!”

* * *

Nos despedimos y nos dirigimos de vuelta a casa.

Mi Mama Lila me había dicho que ¡luáse que hoy día comemos pajuros! Esto era otro *ítem* de mi visita a Celendín, y yo no quería regresar a Bolivia sin cumplirlo.

De bajada a casa, mi sobrino me recuerda lo que alguien dijo en Santa Rosa: “El Basasi se parece a Creso, rey de Lidia, que todo lo que toca se convierte en oro.” Y le digo:

—Ah. En ello también reside su secreto.

—¿Del Basasi?

—No exclusivamente de él. Lo que ocurre es que a causa de su continuo estudio de la Biblia él ha llegado a conocer el secreto del éxito. Pero en realidad, no es ningún secreto, como le dijo Moisés a su sucesor: “Nunca se aparte de tu boca este libro de la Toráh. Más bien, medita en él de día y de noche, para que guardes y cumplas todo lo que está escrito en él. Así tendrás éxito, y todo te saldrá bien”, que es lo mismo que decir “Todo lo que toques se convertirá en oro.” Eso está escrito en el libro de Josué 1:8.

* * *

Al llegar a la esquina, ya cerca de casa, visualizo un delicioso plato de pajuros flanqueados de sus florecillas rojas encarnadas. Pero mi sobrino pretende que le explique las palabras de Moisés de un tranco o tranca, como en el dosaje étílico: Mientras los dos nos mantenemos parados sobre un solo pie. Y pensando simplificar las cosas, me meto en camisa de once varas.

Le digo:

—El secreto del Basasi se llama TEOLOGIA PRACTICA.

—¿Qué es eso? ¿Con qué se come?

—Es algo muy simple: Se llama “teología” porque tiene que ver con la manera como Dios actúa y espera que actuemos; y se llama “práctica” porque tiene que ver con todos los aspectos prácticos de la vida. La teología práctica estudia sistemáticamente los

principios teológicos o universales que conducen al éxito en la vida y enseña cómo descubrirlos y aplicarlos.

—¿Y qué son los principios teológicos o universales?

Le respondo:

—Masque después te explico.

* * *

Los principios teológicos son universales pues atañen a toda la humanidad, incluidos, aunque no quieran, los mismos ateos y los shilicos.

Son normas que involucran cuatro factores concomitantes: La gloria de Dios, la dignidad humana, el respeto de la ecología y la praxis correcta, es decir, la manera correcta de actuar en circunstancias dadas.

Veamos un ejemplo concreto: La Biblia dice que cuando construyas tu casa, debes darle buen acabado, y no dejarla a medio acabar, como hacen tantos cojudos y tacaños de mierda. Dice que tú debes hacerle un parapeto para evitar que alguien se caiga y se mate, y tú y tu familia tengan que cargar de por vida con los fantasmas de la culpabilidad.

Así como otras normas de la teología práctica se refieren al proceder en los negocios y empresas, ésta que enfocamos se refiere específicamente al factor SEGURIDAD en la construcción. Lo del parapeto es paradigmático, porque se refiere también a las gradas diseñadas en relación con la anatomía humana, a los pasamanos, a la mezcla adecuada del concreto, y a todo lo que se relacione con evitar accidentes.

* * *

A Dios le importa todo esto, y el correcto proceder del hombre le glorifica como Creador, Diseñador, Empresario, Ingeniero, Constructor y Financista. O como lo dijo cierto sabio shilico: “Dios creó el universo a partir de la nada, y sus hijos debemos recrearlo y recrearnos en el mundo a partir de casi nada.”

Le digo a mi sobrino:

—Lo más insignificante cuenta. Estas cosas son ilustradas aquí y allá en la Biblia. Lo que hace la Teología Práctica es sistematizar la información al respecto. Por otro lado, debes saber que ¡grave cosa es actuar contra la gravedad! Es decir, es sumamente peligroso actuar contra las leyes divinas impresas en el universo. Por tanto, quien estudia la Teología Práctica se convierte en super inteligente, en efectivo y próspero, y todo lo que toca se convierte en oro. Y quien la ignora. . .

Y él lo completa diciendo:

—Y quien la ignora, se convierte en pepitas de poroporo.

* * *

Ya en casa disfruto de mis deliciosos pajuros, y mi sobrina Nelly pregunta:

—¿Y tiéneste algún texto o manual de Teología Práctica?

—¡Por supuesto! En la universidad acabo de dar un curso al respecto. El libro de texto incluye el discurso “Excelencia y Calidad Total” que dio en el Hotel Sheraton, Miguel Angel Cornejo, considerado el más grande estratega de empresas a nivel mundial.

—¡Lo compro! —dice ella, mirando a su señor esposo—.

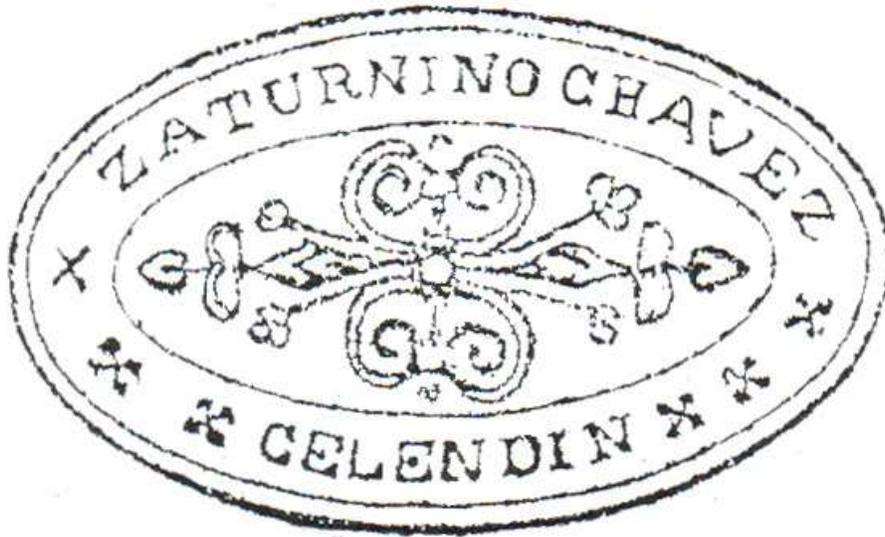
Y le digo:

—Es uno de los numerosos volúmenes de la Biblioteca Inteligente y se basa en el texto de la *Biblia Decodificada*, la versión personal de la Biblia de este humilde y shilico servidor. ¡Se los regalo todos!

Y ambos, Nelly y Lucho exclaman:

—¡Guau! ¡En eso residía su secreto del Basasi! ¿Di?

12
HUELLAS EN EL ALMA



**Observe que la tercera letra álef de la serie
de la izquierda no está terminada
y parece una simple X**

Veladas y tertulias familiares, cualquiera sea su contenido, atraen poderosamente a quienes se vuelven a encontrar en la vida después de mucho tiempo, porque tienen secuelas en las relaciones públicas y sentimentales, y dejan huellas en el alma.

Bien apertrechados para pasar toda la noche abrigados, disfrutando de los bizcochuelos, panecitos, rosquitas, queso mantecoso y café o chocolate caliente —además de humintas que no sé de dónde las sacaron, porque no era tiempo de choclos—, se reunieron los Rabanal en su vieja casona solariega, con su invitado de honor, el Dr. Mori, destacado antropólogo que visitaba su añorado terruño después de toda una vida transcurrida en Europa y Estados Unidos.

Entre los invitados locales se hacían visibles el Amauta Don Orestes de Tavera y Quevedo, el Dr. Silva, el Doctor Nelo, la Srta. Daniela Quiroz Rocha, el Sabio Arquímedes y el Ing. Marín.

* * *

Varios ejemplares de la familia Rabanal, entre ellos un ramillete de tiernas muchachitas que hablaban el español con seductora dificultad, habían venido de diversos países. Y no se imaginaron que aquella tertulia habría de exacerbar tanto sus almas hasta el punto de descubrir huellas profundas que quizás habrían preferido ignorar.

Aquel reencuentro era particularmente especial pues coincidía con las celebraciones del Bicentenario de Celendín. Consecuentemente, ellos se encontraron con la grata sorpresa de la reciente publicación de, *El Trotamundos*, revista de la Asociación Celendina en su edición especial de lujo por el Bicentenario, y adquirieron un par de cajas para celebrar. Es que se les había ocurrido algo ingenioso: Hacer de su comentario el tema central de aquella tertulia que duraría hasta avanzada la noche.

* * *

Mientras unas ojonas chaposas servían café con humintas, antes de que se las mandara a calentar la cama, uno de los Rabanal les obsequió a todos los presentes sendos ejemplares de, *El Trotamundos*, y mientras los reparte les dice, embargado de emoción:

—¿Ya la han visto? ¿Ya la leyeron? ¿Está como la *pitri-mitri*!

Acto seguido se pusieron a conversar sobre las grandes celebraciones que se anunciaba en la revista para ese año. Y deshojándola, un tanto ausente, a causa de su concentración en la lectura, a otro de los Rabanal le llama la atención el artículo, “Origen judío de los celendinos”, escrito por el dramaturgo Grégor Díaz. Y pregunta:

—¿Qué opinan ustedes de esta leyenda que el Grégor ha incluido en su artículo? Dice que le ha sido referida por Don Lázaro Cohen, alcalde de Pucallpa, quien que mostraba mucho cariño por sus amigos shilicos y brindaba con ellos diciendo: “¡Con ustedes, los celendinos, porque son mi sangre!”

Y se dirige a uno de ellos en particular:

—¿La ha leído usted, Dr. Silva?

* * *

El venerable anciano le responde:

—Sí, hijo, pero honestamente no conozco cuál sea el origen de la leyenda. Sin embargo, su inclusión en un artículo que se encuentra ubicado exactamente en el centro de la revista conmemorativa, habla entre líneas y dice muchas más cosas de las que las palabras pueden expresar. ¿No les parece?

Le preguntan:

—¿A qué cosas se refiere, doctor?

Y responde:

—En primer lugar, y modestia aparte, a que uno de los valores centrales de nuestra gente es su identificación sentimental con Israel, y no tanto con el Estado judío, sino con un pueblo que ha sido por siglos y milenios malentendido, perseguido y abusado. Porque cuando la palabra “judío” era un insulto, nosotros los celendinos nos enorgullecíamos de ser llamados o considerados tales, y teníamos la intuición de que eso nos hacía parte de un proyecto cósmico.

Le pregunta:

—¿Cósmico? ¿Cómo se explica este fenómeno?

Y responde:

—No es un fenómeno aislado. En el planeta Tierra existen otros “celendines” que llaman poderosamente la atención de los antropólogos culturales, pues cada uno tiene su respectiva cuota de misterio. Sin ir lejos, tenemos a Tupe, un pueblecito refundido entre los

picachos inaccesibles de los Andes de Yauyos, que dizqué tienen conciencia de haber llegado de un mundo raro, y sin saber por qué, llevan debajo de su ropa convencional una especie de chalequito con flecos a la manera del efod o del *talít qetanáh*.

* * *

El asunto de los flecos pasa por desapercibido porque la conversación está salpicada de interrupciones, apelativos, anécdotas, abrazos, lágrimas, besos y sinceraciones mientras van llegando los invitados y los paracaidistas de rigor. Luego se extienden hasta las altas horas de la noche cuando todos hacen la transición ritual del café caliente al agua ardiente.

Don Julio Rabanal hace una señal de silencio y pregunta intrigado:

—¿De dónde habrá sacado esa leyenda Don Lázaro Cohen?

Y el Dr. Mori expresa su opinión:

—Si la ha sacado de su imaginación o de otra fuente es secundario. Importa más lo que dice entre líneas: El señor Cohen es uno de quienes corresponden a nuestro cariño con cariño. Otro caso conmovedor es el del Señor Embajador Michael Shimon, quien visitó Celendín en 1964 en su helicóptero, acompañado de su señora esposa. Entiendo que estuvo aquí nada más que par de horas; pero su cariño e interés eran evidentes.

* * *

Interviene el Ing. Marín e inquires sobre el artículo alusivo que apareciera en el diario “Expreso”, tras la visita del Señor Michael Shimon, Embajador de Israel, a Celendín, y el Doctor Nelo observa:

—El nombre de su autor no figura en el artículo, pero entre líneas es evidente que era un allegado al Señor Embajador y pudo haberle acompañado en su visita a Celendín. En cualquier caso, revela conocer a fondo las investigaciones del historiador Apolonio Carrasco Limas cuyo interés por Celendín se originó en sus estudios sobre la dispersión de los judíos de España y Portugal en las Américas. El artículo está tan bien escrito, que siempre he sospechado que el autor fuera el mismo historiador Carrasco Limas o alguna persona bajo su asesoramiento.

* * *

Las inquietudes son manifiestas, y una de las señoritas Rabanal inquires:

—Dr. Mori, ¿qué es lo que realmente se sabe?

Y tras una guiñada lo completa:

—O lo que no se sabe. . .

El Dr. Mori responde:

—Cualquier cosa que digamos es conjetura, *madame*. Sin embargo, los estudios antropológicos hacen posible que despeguemos del terreno de la leyenda y que a partir de hechos conocidos que pueden develar el misterio, lleguemos a conclusiones válidas. . .

—¿Hechos conocidos? ¿Cuáles?

—Oh, sí, *madame*. En primer lugar está la leyenda de que parte de las personas que contribuyeron a formar el perfil de nuestra gente eran “portugueses” que vinieron del Brasil, después de haber atravesado la Amazonía en un viaje sin retorno. En segundo lugar

están sus nombres: Nomás en la plaza teníamos al tío Elías Díaz. En la esquina de abajo vivía el tío Absalom Mori. Más abajo vivían el tío Abraham y el tío Isaac. También teníamos un Neftalí, y la historia cuenta de un Leví que llegó a ser secretario del Presidente Miguel Iglesias, también celendino. Lo mismo ocurría con los nombres de mujer: Ester, Sara, Miriam, Judit, etc.

Y el Sabio Arquímedes añade:

—Y no se olvide del Loco Israel. . .

* * *

El Dr. Mori prosigue:

—Los judíos sefaraditas, procedentes de la Península Ibérica, tenían nombres y apellidos comunes de España. A veces tenían dos nombres: Uno hebreo y otro gentilicio, y a veces un nombre hebreo que no era legalmente su nombre, sino su “alias” o pseudónimo utilizado en la clandestinidad. De sus apellidos no se puede derivar gran cosa, y es una sonsera decir que su forma original haya sido tal o cual palabra hebrea. En Celendín sólo hay un apellido auténticamente hebreo en el sentido de que deriva de palabras hebreas. Es vuestro apellido, “Rabanal” que nos es conocido por el nombre del sabio judío Av-rabanel que significa “Padre grande es Dios” (hebreo: *av-rabán-El*). El apellido Rabanal significaría “Dios es grande”, y equivaldría, desde el punto de vista semántico a la interjección árabe, *Al'láhu ákbar*, que figura en la bandera de Irak.

La señorita Rabanal exclama:

—Y yo que pensaba que mi apellido aludía a una melga de rábanos, doctor.

* * *

El Ing. Marín inquiere:

—Y aparte de las tradiciones de algunas familias “portuguesas”, como la de Einar Pereira, que squé está escribiendo un libro sobre la historia de su familia desde su llegada a Celendín, ¿qué hechos externos pueden indicar que esos “portugueses” eran en realidad judíos sefaraditas?

El Dr. Mori le responde:

—Está, por ejemplo, el hecho de que en aquellos tiempos de la colonia, en los países de la América hispánica, decir “portugués” equivalía a decir “judío”, como lo revela la tradición que recogió Don Ricardo Palma acerca de la así llamada “Casa de Pilatos”, como las malas lenguas se referían a la sinagoga sefaradita de los “portugueses” en Lima. También en Celendín se ha dado la identificación judía de los “portugueses” desde un comienzo.

* * *

El Doctor Nelo decide llevar la reflexión por otro rumbo más significativo, y les dice:

—La conjetura marcha por buen camino, ilustres damas y caballeros, pero si no han quedado rasgos de la religión judía, realmente estamos en la nada o nos quedamos sólo con la conjetura. Pero yo veo algunas evidencias de que los judíos de Celendín tuvieron un

minián para la oración Maarív (la oración vespertina del judaísmo), sin querer decir con esto que en Celendín haya habido una sinagoga.

El Dr. Mori le puya en sus costillas falsas y le pregunta, de solapa:

—¿Y qué te hace pensar que nunca hubo una sinagoga?

El responde:

—No hay alusión a ninguna, y en cuanto a si formaron un *minián*, el único indicio es la alusión a las 6.00 de la tarde como “la hora de la oración”. Esta podría ser una alusión a la oración Maarív, que se lleva a cabo en grupo, a diferencia de la oración matutina o Shajarít, que es personal.

* * *

En voz baja el Dr. Mori le hace ver que dicha expresión está difundida en todas las regiones de cultura hispánica, sin conexión con prácticas judías, y el Doctor Nelo responde:

—Cuando los judíos vivían en España los católicos adoptaron algunas de sus prácticas, y la expresión “hora de la oración” pasó a referirse al rezo del Angelus. Pero como ahora nadie ora, nos preguntamos: ¿Por qué se le llama a esta hora así en Celendín, de manera más marcada que en otros lugares? La respuesta es que en los comienzos se rezaba el Maarív. Esto habría ocurrido antes de la llegada de los españoles a Celendín, y fue desapareciendo ante el influjo de la fe católica.

* * *

Don Julio Rabanal salta de su silla, y limpiándose del café derramado, dice lleno de asombro:

—Por favor, sáquenme de una duda: Aquella simple frasecita, “la hora de la oración”, indicaría, entonces, que los judíos se establecieron en las inmediaciones del lago Chilindrín antes que los españoles? ¡Increíble!

El Doctor Nelo prosigue:

—¡Ya atracas, nashaco! Otra evidencia interesante es la costumbre de contar los días festivos empezando desde las 6.00 de la tarde del día anterior, lo que se denomina “víspera”. Esta palabra no es más que la traducción de la palabra hebrea, *érev*, que es el comienzo de la primera parte del día en la cultura hebrea, y que en los días festivos es celebrado con una cena de gala.

La Abuelita Rabanal observa:

—En Celendín todavía se da más importancia a la víspera que al día de fiesta. . .

El Ing. Marín inquiere:

—¿Alguna otra evidencia, doctor?

Ante la vacilación del Doctor Nelo, interviene el Dr. Mori y concluye:

—Las evidencias se habrían ido extinguiendo con la llegada de los españoles y el catolicismo que contribuyeron a que se produjera el *strip-tease* cultural marrano de los portugueses de Celendín.

* * *

Al escuchar la expresión *strip-tease*, la Srta. Dana Quiroz, hija del Doctor Nelo, pregunta sin poder contener la risa:

—¿Dijo “marranos”, doctor? ¿O sea “coches”?

El Dr. Mori le responde con la serenidad que le caracteriza:

—Sí, *madame*. Los documentos publicados por la American Jewish Historical Society (PAJHS) indican que los judíos del Brasil en su mayoría eran “marranos”, apelativo dado a los judíos que se habían convertido al cristianismo bajo compulsión o por miedo de la Inquisición, o por pura conveniencia, pero que tenían la osadía de practicar en secreto los ritos de su religión judía. Sus nombres y apellidos eran los mismos de los españoles o de los portugueses, pero su alma era judía. Sus descendientes llevaban tales huellas imborrables en su alma y anhelaban que las circunstancias históricas pudiesen cambiar para volver a profesar su fe libremente. Esta “hipocresía” la Iglesia Católica consideraba una “marranada”; y a la misma yo denomino, antropológicamente hablando, “*strip-tease* cultural”.

La Srta. Dana Quiroz pregunta entre broma y en serio:

—¿Y por qué se los llama “marranos”, ah?

El Dr. Mori responde:

—Yo también me he hecho la misma pregunta, porque me intriga que los españoles, que tanto aman a los marranos, hayan llamado “marranos” a los judíos a quienes tanto odiaban y terminaron expulsando de España. Pero un catedrático de una universidad española me dio esta brillante explicación: “¡Pues, hombre! Así los llama la mismísima Sagrada Escritura en la Segunda Epístola del Primer Papa, capítulo segundo, verso 22: ‘A ellos les ha ocurrido lo del acertado adagio: El perro se volvió a su vómito, y la marrana lavada, a revolcarse en el lodo.’ ”

* * *

La Srta. Dana Quiroz insiste en desviar la conversación por su lado:

—¿Dijo usted que los españoles aman mucho a los marranos, es decir, a los coches?

El Dr. Mori responde:

—¡Pues, sí, *madame*! Si visitas la Madre Patria te convencerás de ello. Las piernas de jamón de marrano son usadas en todas las tiendas y almacenes como decoración, para hacer alarde de buen gusto y prosperidad. Mientras más piernas de jamón están colgadas del cielo raso del establecimiento, más importantes son el dueño y su negocio.

—Pero, ¿hasta qué punto idolatran las piernas?

Al verse asediada por las miradas y las risas, ella completa su discurso:

—Me refiero a las piernas de marrano convertidas en jamón. Entonces, para los españoles, una pierna de jamón es. . . es. . . es. . .

Y el Doctor Nelo completa su pensamiento:

—¡Pues, mujer! ¡Es un marrano canonizado con humo santo!

* * *

El Dr. Silva vuelve a su tema:

—¿Hubo o no hubo sinagoga en Celendín?

El Dr. Mori responde:

—Los documentos publicados por la American Jewish Historical Society, al hablar de los judíos del Brasil, indican que aun en medio de comunidades judías grandes y bien organizadas, no recibían autorización del gobierno holandés protestante, ni de la autoridad judía central que respondía al gobierno en Amsterdam para tener una sinagoga. Si así eran las cosas en Penambuco, pues menos en Celendín. . .

Visiblemente contrariado, el Dr. Silva pasa a referirles una extraña experiencia que le contó una mujer de Celendinorco:

—En el atardecer de un día viernes ella fue llevada en sueños a un lugar de culto extraño en Sucre, el cual tenía vistosos vitrales al estilo de Marc Chagall. Y sus bellas mujeres, dócilmente consagradas, tenían su respectivo ambiente, a manera de cuadra, un lugar separado del de los hombres. Y la música era oriental, como la del Havah Naguíláh.

Ante la mirada desconcertada de los presentes, prosigue:

—La misma mujer me contó otro sueño que tuvo: Cuando venía de Tolón, pasó por Poyunte Cucho, y en una pampa halló los restos de una pequeña capilla abandonada desde tiempos inmemoriales que desaparecía ante la vista de quienes pasaban cerca. Pero no desapareció ante ella, y ella pudo entrar y ver que por dentro era más grande, y que no había imágenes, ni altares, ni retablos, sino sólo una cortina azul. Ella asentó su mano sobre la cabecera de la última banca, y empezó la música instrumental del Havah Naguíláh. Y cuando se calló la música, ella se vio de nuevo en la pampa vacía, pues hasta los restos de la capilla habían desaparecido.

Y el Dr. Mori concluye:

—¿Acaso no habrá sido aquello lo que llaman “las huellas en el alma”?

* * *

La Srta. Dana Quiroz inquiriere:

—¿Podría un estudio antropológico o genético conducir finalmente a la verdad de los hechos?

El Dr. Mori responde:

—Quizás no. . . Pero podría señalar el camino. Quizás si se descubre en algún entierro alguna joya con la Estrella de David, o una Ketuváh, o una página de la Hagadah de Pésaj, o un Sidur. . . O algún otro tesoro. . .

La muchacha le dice:

—¿Y qué me dice de las tres letras *álef* (א) que flanquean la palabra “Celendín” en el sello fálico del Capitán, Don Zaturino Chávez Baella, de quien se cuentan tantas historias relacionadas con sus revelaciones de ultratumba respecto de en qué y en qué lugar se hallan ocultos los entierros de joyas y soles de nueve décimos.

* * *

De repente el Sabio Arquímedes se llena de alegría creyendo que por fin se tocaba su tema favorito, el de los entierros, y comenta:

—Es posible que algún peje ya ha encontrado ese entierro marrano y se ha quedado chitón.

El tema de los entierros puede descarrilar cualquier tertulia; por eso alguien le dice:

—¿Los entierros no existen, Quime!

Y él responde, como agraviado:

—En mi casa se encontró un entierro, cuando aún no era mi casa, por supuesto. Y yo sé que hay más. Don Manuel Pisco me decía: “¡Tumbalo al horno! ¡Luáse de haber en su base otro capacho con joyas de oro, piedras preciosas y libras esterlinas!

El Dr. Mori enfatiza:

—Yo me referí a otra clase de tesoros, un Séfer Toráh, por ejemplo. Si esto se descubriera en Celendín, se cumpliría al pie de la letra la visión del bienaventurado profeta Aldredo Pita en su libro, *Le Chasseur Absent (El Cazador Ausente)*, capítulo 7, versículo 28, que predice que en los últimos días en la Villa Amalia de Celendín se levantará, no una sinagoga sino el mismísimo Templo de Salomón.

—¡Ay Amito!

* * *

Tras un inusitado bullicio y una nueva andanada de copas de agua ardiente, el diálogo vuelve a concentrarse en los artículos de la revista *El Trotamundos*. Entonces observa el Ing. Marín:

—Nosotros hemos estado acostumbrados a la versión de que los judíos llegaron a Celendín del Brasil por el oriente y se asimilaron al grupo de españoles que había llegado previamente. Ahora, Don Lázaro Cohen nos viene con que sesenta familias judías de “procedencia portuguesa” fueron enviados por la Reina de España a Cajamarca y llegaron acá. Estos acontecimientos son fechados tan temprano como en los tiempos de Francisco Pizarro. ¿Es esto posible?

El Doctor Nelo responde:

—Sí es posible. La leyenda aludiría a las minas de plata de Chiquelete (o Chilete) que habían siendo explotados desde los tiempos del Inca y que el conchesumadre del Merchor Verdugo, el encomendero de Cajamarca, se ufanaba de haberlas descubierto él. La posible presencia de los chilchos en Chiquelete no ha de extrañarnos, porque siendo mitimaes podrían estar en diversos lugares al servicio del Inca. Pero como las minas cambiaron de dueño con la llegada de los españoles, no me sorprendería que los chilchos y sus socios judíos hayan cometido la perrada de largarse con la plata y el oro. ¿Y a dónde más? ¡Pues a Celendín, donde los chilchos vivían como diablos sueltos desde los primeros años de la colonia!

* * *

Sobre la base de la interpretación del Dr. Nelo profundiza el Dr. Mori:

—Yo sigo prefiriendo la versión de que los judíos procedentes del Brasil llegaron a Celendín por el oriente, siguiendo en parte la cuenca del Marañón. Ellos habrían sido bienvenidos en la cuenca del lago Chilindrín por los chilchos, antes que los españoles llegaran vía Cajamarca. Esta versión se sincroniza con las migraciones de los judíos del Brasil a Surinam, a Curazao, a las Antillas y a América del Norte hacia 1750, lo que indicaría que efectivamente los chilchos vivían libres e independientes hasta fines del Virreinato.

El Amauta, Don Orestes de Tavera y Quevedo, quien se había quedado dormido hasta ese preciso momento, despierta de repente y se esfuerza por leer los labios *quasi*

embriagados de los invitados. Y al escuchar que hablaban de los chilchos, exclamó embargado de emoción:

—Esta versión explicaría por qué a los celendinos —tanto chilchos, como “portugueses”, y después españoles— se les terminó por llamar “chilicos” o “shilicos” (gentilicio derivado de chilchos), y por qué al lago y a la hacienda de esta región se la llamó “Chilindrín”.

Don Julio Rabanal observa que el gentilicio “shilico” suena algo diferente que “chilcho”, pero según el Amauta eso se habría debido a la pronunciación deficiente de los Caxamallcas, que fueron los que acuñaron el gentilicio despectivo que resultó siendo tan amado por los celendinos.

* * *

La hermosa Dana Quiroz no deja de sonreír, y le pregunta al Amauta:

—¿Por qué les tendrían que llamar chilchos a todos?

Y el Amauta responde:

—Porque los chilchos estuvieron aquí primero. Y como en el caso de los “Churgapes”, los apodos, como los apellidos, en Celendín se heredan.

Y el Ing. Marín comenta:

—De veras deben haber sido colosales esos chilchos para haber actuado libre e independientemente al lado de sus socios judíos, cuyo número habría sido como los dedos de la mano.

Y la Dana concluye:

—De esta manera, como hizo el artículo de “Expreso”, se puede decir que un grupo de hebreos fundó Celendín.

* * *

Todos empezaron a opinar, pero el Sabio Arquímedes se hizo respetar y dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Déjenme, pué, parir! Contrario de lo que opinaba Don Alfonso Peláez, los chilchos son el factor “álef” del alma shilica. Ellos han dejado su huella en nuestra alma.

Y el Doctor Nelo concluye:

—Ellos y sus asociados, los “portugueses” descendientes de los judíos de Recife y de la cuenca del río San Francisco, en el estado de Pernambuco, en la costa atlántica del Brasil. Los documentos de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, recogidos en las publicaciones de la American Jewish Historical Society, incluyen varios apellidos frecuentes aquí, en Celendín.

* * *

Y prosigue:

—Cuando se desmembraron las comunidades judías del Brasil a causa de la crisis de su industria azucarera y la reconquista del litoral del Brasil por el Portugal se produjeron muchas migraciones. Una de esas migraciones de los así llamados “judíos de Holanda”

fundaron la ciudad de New Amsterdam, que no es otra que la ciudad de New York en la costa atlántica de Estados Unidos.

»Una pequeña inmigración llegaría a Celendín por el año 1750. Su ruta a partir de Recife habría seguido por cabotaje la costa noroeste del Brasil hasta llegar a Belem, cerca de la desembocadura del río Amazonas. Después habrían seguido hacia el este por el río Amazonas, pasando por Manaus y llegando a Iquitos. Después habrían seguido por el río Huallaga en dirección oeste y luego sur, hasta Yurimaguas y las inmediaciones de Tarapoto. Después por tierra en dirección noroeste a Lamas, Moyobamba, Rioja, Chachapoyas y Leymebamba. Después de cruzar el Marañón habrían entrado por la cuenca del río Miriles a la zona de Oxamarca. Las siguientes escalas fueron necesariamente la cuenca del lago del Huaucó y José Gálvez, y finalmente la cuenca del lago de Celendín. Aquellos judíos habrían hecho los primeros esfuerzos para drenar el lago.

* * *

Cuando el Dr. Mori mencionó aquello de “drenar el lago” ya se había logrado drenar todas las botellas de agua ardiente y llegaron a la conclusión de que no valía la pena desvelarse en pos de conjeturas.

Dijeron calabaza calabaza cada uno a su casa, no sin antes apuntalar con horcones a algunos de los presentes para que no echaran a perder el blanqueado de las paredes de las calles antes de la víspera de su fiesta de Nuestra Señora del Carmen.

Mientras esto ocurría, el Amauta Orestes Tavera y Quevedo fue guiado por su hija Lolo, recientemente llegada de Torino, Italia, a su residencia en la Embajada de Oxamarca, mientras él no dejaba de decir en voz alta: “Huellas de los chilchos. . . Huellas de los ‘portugueses’. . . Huellas en el alma.”

13 EL LIBREPENSADOR



El Librepensador

Aquel examen debía ser en ayunas, pues había que sacar una muestra de sangre a los postulantes.

Acto seguido, allí mismo había que recibir la vacuna anti tuberculina.

Era mi examen médico para el ingreso a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Para el mismo se había improvisado un rincón en un depósito en el local de “La Casona”, el local antiguo de la Universidad, que está en el Parque Universitario, junto a la Cripta de los Próceres.

La larga espera en una cola larguísima alrededor del gran patio principal, de por sí era devastadora para tantos postulantes que habíamos acudido, quién sabe desde qué distancias y sin desayunar.

Pero más devastadora fue la toma de la muestra de sangre, a causa de la sangrienta escena. No había jeringas para extraer la sangre. Sólo había agujas sueltas que te clavaban en la vena del brazo. Luego te apretujaban y te amasaban los músculos del brazo, haciendo malabarismos para que la sangre goteara más rápidamente para ser restada en un pequeño

tubo de vidrio. Al no succionar rápidamente la sangre con una jeringa, la operación duraba horrores, y la cola no avanzaba.

* * *

Cuando me tocó a mí la ordalía, sentí que mis ojos se nublaban y mi cuerpo se desvanecía, y estuve a punto de desplomarme.

Me hubiera dado tanta vergüenza si me hubiera desmayado, porque en ese rincón de la Casona no había una camilla donde uno pudiera recostarse para prever algo peor. Pero lentamente me recuperé de lo que me hacían a mí y a los postulantes que estaban a mi lado, y pude escuchar cuando me dijeron: “Ahora pase al otro ambiente donde le inyectarán la vacuna anti tuberculina.”

En ese ambiente, contiguo, recibí en mi hombro derecho una sobredosis de anti-tuberculina. Como resultado de ella, en mi hombro se desarrolló una grande llaga que demoró medio año en cicatrizar y de la he conservado la marca toda mi larga vida.

Pero lo más grave, algo que ocasionó gran preocupación a mis padres, fue que en la axila derecha a consecuencia de la sobredosis de anti-tuberculina se me inflamó un ganglio que adquirió la conformación de una bola que me impedía manejar mi brazo con facilidad. Esa bola duró medio año en desaparecer.

El Dr. Sarmiento, a quien recurrimos para obtener el tratamiento adecuado, nos dijo: “La sobredosis que le han puesto era para matarlo a cualquiera.”

* * *

Mi padre guarda silencio cuando le cuento todo lo que me ocurrió ese día del examen médico para el ingreso a la Universidad de Mayor de San Marcos. Después de cuarenta años me doy cuenta que estaba muy entristecido, tanto como para evitar comentar al respecto.

Al examen médico sucedió la Entrevista Personal, la cual se llevó a cabo sin ninguna novedad, esta vez en una amplia sala en la flamante Ciudad Universitaria.

El catedrático de San Marcos que me entrevistó a mí era muy amable, y una de las cosas que me dijo fue: “¡Así que eres shilico! Dime, ¿es verdad que los shilicos descienden del Patriarca Abraham?”

* * *

A continuación vino el primero de los dos Exámenes de Conocimientos.

En esos tiempos sólo había un examen de ingreso al año, y era frecuente ver estudiantes que año tras año intentaban ingresar sin nunca lograrlo, porque el número de plazas era increíblemente desproporcional, y había pagos por lo bajo que sólo pocos podían afrontar. Pero conmigo ocurrió algo distinto.

En la fecha señalada para el Primer Examen de Conocimientos acudí a la Ciudad Universitaria para rendir mi examen. Pero fue grande mi sorpresa al encontrar el aula indicada, el patio y los alrededores vacíos, sin una sola alma.

A alguien que barría las aulas le pregunté:

—¿Por qué no hay nadie?

Me pregunta:

—¿Te refieres al examen que estaba programado para hoy a esta hora?

—Sí.

—Ese examen fue cambiado para ayer.

De esta manera, por no haber estado yendo a diario a la Ciudad Universitaria en pos de novedades, caí en esta trampa para eliminar a muchos postulantes, y volví a casa muy triste.

* * *

Mi padre guarda silencio cuando le refiero los pormenores de mis exámenes de ingreso a la Universidad de San Marcos. Ahora que soy viejo, recién puedo penetrar a su profunda tristeza.

El año que yo nací, 1945, él se había caído desde el alto de nuestra casa en Celendín, cosa de cinco metros de altura. Fue llevado de emergencia a Cajamarca en un auto particular, y de allí a Lima, en avión. Varios meses estuvo en recuperación en la casa de un primo suyo en San Isidro.

Gracias a Dios volvió a casa sano y salvo, y se recuperó lentamente pero nunca desapareció una leve cojera que fue la motivación para que me contara en algún momento todo lo que le había ocurrido. Al final de su relato me dijo, para situar su experiencia en el contexto de la historia mundial: “Y así volví en avión a Cajamarca, y en el avión escuchamos la noticia de último momento: ‘Cayó Hitler. Los Aliados ya han entrado en Berlín.’”

* * *

En casa, en Celendín, le esperaba su amante esposa Esther con un bebé recién nacido. Ese bebé era yo, su hijo número 13. Nací mientras él era sometido a una operación quirúrgica en una clínica en Lima.

Aquel grave accidente casi hizo que yo naciera huérfano de padre. Y al tener a ese bebé en sus brazos, él se hizo en su corazón la promesa de no jubilarse del magisterio sino hasta después de haber sido mi maestro en la Escuela Fiscal No. 81 de Celendín donde por largos años había servido como docente.

El había cumplido ya sus años de servicio para jubilarse, pero siguió en el magisterio para ser mi maestro en los cinco años de la primaria, con excepción de la Transición en que mi maestro era el Maestro Pepe.

Es una experiencia muy especial el haber tenido como su maestro en la escuela a su papá. Aquellos años iniciales fueron tan significativos en el resto de mi vida. Su énfasis integral en el cálculo, en el lenguaje, en el dibujo y en las artes manuales, ha dejado huellas profundas. Pero más profundas huellas dejó su énfasis en la verdad.

* * *

La característica principal de mi padre era el silencio; aquel silencio que tanto me mellaba. He tenido que vivir toda una vida para entender el mensaje de su silencio. Y porque el silencio era su compañía en todo momento de convicción o de decisión, pensé

que podía bombardear ese núcleo atómico en un breve momento durante el promocionado Censo Nacional. Cuando eso ocurrió yo ya sabía leer y escribir.

Aquella mañana, toda la familia esperamos con ansiedad a las personas encargadas de empadronar a nuestra familia. Uno por uno tuvimos que responder el cuestionario de la cartilla del Censo.

Mientras le tocaba el turno a uno, los demás deambulaban alrededor, pero yo calculé bien para estar cerca cuando le tocara responder a mi padre.

Nombre: Juan Chávez Sánchez. Edad. . .

Disimulando mi curiosidad me acerqué al encuestador y logré ver la cartilla correspondiente a mi padre en el casillero que trataba sobre “Religión”.

Tenía curiosidad de ver qué había declarado, porque él no era evangélico como mi madre y como yo. Pero tampoco era católico. ¿Qué otra cosa podría ser?

El había llenado el espacio en blanco con la palabra: LIBREPENSADOR, así escrita de corrido y con mayúsculas.

* * *

A mí me causó gran sorpresa esta palabra que por vez primera leía en mi vida, y supuse que significaba que no era evangélico ni católico, pero que respetaba la manera de pensar y de profesar de los demás. Esto deduje del hecho que él manifestaba profundo respeto por la fe que profesaba mi madre.

A medida que transcurría el tiempo, la palabra LIBREPENSADOR me decía mucho más: Un LIBREPENSADOR sería alguien que se siente con suficiente valor para tener una opinión y un criterio propios, y hacerlos respetar con su vida al servicio de los demás. Y como él era un hombre honesto, pensé que un LIBREPENSADOR sería, además, una persona honesta y de nobles ideales, como él era.

En el contenido de su vida encontré el contenido de esa palabra. Pero sólo al final de mi vida comprendí que significaba algo más: Un LIBREPENSADOR es quien guarda silencio, y con su silencio motiva a pensar a los demás.

* * *

Pasó el día del Censo Nacional y volvimos a la escuela, tanto el papá de edad avanzada como el hijo pequeño que le seguía por su tras, a cierta distancia.

Eso de tener a su padre como maestro tiene grandes ventajas, pero también tiene grandes desventajas. Por ejemplo, yo no podía hacerme la vaca en la escuela sin que él dejase de saberlo.

Tampoco podía llegar tarde, porque él me llevaba consigo, volviendo la mirada atrás, de trecho en trecho, para ver si le seguía.

Yo no podía escaparme de la escuela, sin que él dejara de mandar al Toro Salas, un alumno bien grandazo, fornido y de edad relativamente avanzada, que se había ganado renombre por el solo hecho de encontrarme y sacarme “de su carpeta de Judas”, para llevarme “santo piñuño” de vuelta a la escuela.

* * *

La mayor desventaja era que yo no podía escaparme de recitar una poesía en cada actuación escolar. Las poesías que me obligaba a memorizar para cada actuación o audición pública me han hecho pensar en el resto de mi vida, como la que decía en una de sus estrofas:

*Lo que no puedes hacer hoy,
quizás mañana lo lograrás.
Nunca en el breve término de un día
madura el fruto ni la espiga grana.*

Y finalmente, siendo el maestro mi padre, en la escuela yo no podía escaparme del castigo severo, porque a su hijito castigaba con más rigor que a todos los demás.

En unos pocos momentos capté su evaluación acerca de mí en su conversación con mi madre al declinar el día. A veces yo había hecho algo bueno o algo malo y ya no lo recordaba. Después de conversar con mi madre, él callaba, y me dejó la gran tarea de interpretar ese silencio a lo largo de mi vida.

* * *

Y hablando de su agente secreto, el Toro Salas, él era su hijo de Don Manuel Salas, el empresario concesionario de la marca Synalco en Celendín y en todo el Perú. Su fábrica de gaseosas, “La Andina”, estaba en la misma calle de nuestra casa, a sólo unas tres cuadras.

El día que yo no me aparecía en la escuela, mi padre le hacía una señal en silencio al Toro Salas, y él se regocijaba porque esa señal le daba permiso para salir de la escuela y rodar por toda la villa y la campiña para buscarme, para encontrarme y llevarme “santo piñuño” de regreso a la escuela.

El muchacho era gigante, y yo una miniatura, de modo que no había manera de escapar de él. Si me encontraba, cargaba conmigo sobre sus hombros, seguramente deleitándose con la idea de la rebenqueada que yo pobre iba a recibir.

* * *

Seguramente alguna vez yo había forcejeado, pero al darme cuenta de que no valía la pena si el Toro Salas ponía sus manos sobre mi humilde persona, yo me iba quietecito y en silencio sobre sus hombros, como solía decir el filósofo celendino, Don Honorio Malaver en sus famosas expresiones rimadas:

*Calladito va el cordero
al matadero.*

* * *

El Servicio de Inteligencia del Toro Salas era perfecto. El me encontraba no importaba cuán perfecto fuese mi escondite. Me sacaba de la Poza del Cura, de la Poza de Don Salas, de la Poza del Remolino, de la Poza de Iteguagana y de cualquier casa en la ciudad.

Pero yo ideé la manera de derrumbar ese mito de perfección taurina: Una mañana me escondí en su propia casa de él.

Esa mañana entré a la Fábrica de Gaseosas “La Andina” de su padre del Toro Salas. Allí me dieron la bienvenida porque me hice el comedido para trabajar GRATIS moviendo la rueda de la máquina embotelladora de Sinalco.

Mi paga sería un trago del delicioso jarabe de Sinalco, de rato en rato. ¡Pucha, cómo me deleitaba!

El lugar me divertía mucho, y ver cómo se embotellan las bebidas gaseosas y les ponen sus chapitas a las botellas, era para mí una enorme diversión.

Cuando el Toro Salas pasó por allí, su propio padre y los dependientes me ocultaron de su vista, y él volvió a la Escuela N° 81, derrotado.

No había logrado encontrarme en ningún lugar. Saboreando su derrota entró a la embotelladora para refrescarse tomando una gaseosa. Desde dentro yo supe de su llegada, y después de refrescarse prosiguió su camino rumbo a la escuela, con los hombros vacíos.

Escapé por un pelito.

* * *

¿Qué hubiera pasado si el Toro Salas lograba encontrarme y llevarme de regreso a la escuela?

Seguramente hubiera pasado lo que ocurrió en cierta ocasión en que mi padre tomó una varilla de lloque, de esas que le llevaban de las estancias sus alumnos sobones, y me dio a mí una buena paliza.

Aquella vez, sin que yo me percatara por qué, me dio una paliza en presencia de todos los niños de mi salón, pero yo no lloré. Creo que si hubiera llorado me hubiera librado del resto de los palos. Pero como no lloré, recibí una dosis extra. Eso ocurrió faltando poco para la salida al medio día, a la hora de almorzar.

Todos los alumnos estaban pálidos de susto, y admirados de que yo no llorara y que ni siquiera hiciera güingo, ni humillara mi rostro con cualquier ademán. Por eso, cuando tocó la campana para la salida, varios de ellos me levantaron en hombros y me sacaron de la escuela en procesión triunfal. Y otros escueleros más pequeños me rodeaban en círculo y me seguían llenos de admiración.

Ese día había llovido fuerte por Iteguagana y la acequia de media calle corría cargada de agua. Mirando desde encima de sus hombros las ondas del agua intenté distraerme un poco para contener el llanto. Pero al verme en la cúspide de mi gloria, empecé a derramar abundantes lágrimas que fueron llevadas por la acequia rumbo al Tragadero o al valle encantado de Llanguat.

* * *

Muchos años más tarde, recordando aquellos días y experiencias de la escuela escribí el siguiente poema:

MI ESCUELA 81

*¿Mi escuela? — ¡Número 81!
 ¿Mi maestro? — ¡Mi papá!
 ¿Mi grado? — ¡Transición!
 Transición a la vida.*

*Ved mi Escuela N° 81:
 Caritas absortas,
 ojitos brillantes,
 labios indecisos.*

*Mi escuela respira:
 Inspira cada abril
 y expira al comenzar
 la vacación.*

*El caserón vacío
 deja de ser escuela.
 Es un cuerpo inerte
 cuya alma partió.*

*Entonces enmudece.
 Parece que jamás
 contuvo formaciones
 ni “revisión de pies”.*

*Sus aulas se reducen.
 Sus puertas se cierran,
 El patio se abandona.
 El pasto crece.*

*Sus blancas paredes
 pronto se ensombrecen.
 Sus ventanas no transmiten
 la misma luz.*

*¡De pronto resucita!
 Y se abrazan conmovidos
 los hombres que han vivido
 y los que empiezan a vivir.*

* * *

De todas estas cosas me acordaba al observar el silencio de mi padre al ver todo lo que me había esforzado por ingresar ese año a la Universidad Mayor de San Marcos, y al ver que mis sueños no se vieron por entonces cumplidos.

Ahora era yo el que callaba, porque empezaba a entender por qué los seres humanos callamos.

El día anterior estaba andando por el Jirón de la Unión y las Galerías Boza, y en un puesto de libros y revistas vi el volumen de la serie Biblioteca Universal de LIFE que trata sobre Israel.

Era un volumen usado y me permitieron hojearlo. Allí vi fotos de estudiantes y profesores de arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalem, tanto en sus clases en el campo como en sus momentos de diversión en las cafeterías del campus. Algunos estudiantes volaban en sus motonetas Vespa, llevándose al anca hermosas muchachas de la universidad. Y como yo hacía lo mismo con mi moto empecé a soñar con formar parte de ese grupo en ese país tan espectacular.

Adquirí el volumen y lo leí y releí innumerables veces soñando con estudiar en la universidad más importante del mundo, perdón, del Universo.

* * *

Mi padre se percató de mis ajetreos tras mi examen médico para ingresar a San Marcos, y me pregunta:

—¿Y ahora, qué vas a hacer? ¿Cuáles son tus planes para estudiar?

Le digo:

—Quiero ingresar a la universidad, pero no en Lima. Yo anhelo ingresar a la Universidad Hebrea de Jerusalem, en Israel.

Y me respondió:

—Si es allá, haremos todo lo posible.

Tras pronunciar estas siete palabras, volvió a sumirse en su silencio característico que ahora se tornaba tan sublime para mí.

Y fue así: Estudié en la Facultad de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalem, de la cual me gradué en 1973.

¡Ah! Olvidaba decir, humildemente, que yo también me convertí en LIBREPENSADOR.

14 MI PAPA DAVID



Uno de esos días nos encontramos el Sr. David Federman y yo en una calle a poca distancia del campus de la Universidad Hebrea de Jerusalem en Guivat Ram con Marcos Berenshtein, el hijo del único judío que escogió vivir en Cajamarca, donde tenía su tienda de abastos en una de las calles del centro de la ciudad. Hasta ese momento yo sólo conocía a su hermano Asher, a quien le visité una vez en Cajamarca.

No sé por qué razón, o acaso Marcos ya sabía que un shilico se encontraba en Israel estudiando en la Universidad Hebrea, y al verme al lado de este hombre tan importante que estuviera al frente del Departamento de Aliyáh o Inmigración de la Agencia Judía, exclamó:

—¡En Celendín hay judíos!

Yo guardé silencio, y también lo hizo David Federman. Pero cuando nos separamos de Marcos, él me dijo:

—Cuéntame de todas esas cosas que se cuentan de los judíos de Celendín.

Así le referí lo poco que se podía rescatar de las leyendas de mi tierra.

* * *

Volviendo unos años al pasado, después de haber terminado la secundaria yo había sido presentado a este gran educador israelí, el Sr. David Federman, que era Representante de la Sojnut Ha-yehudit, la Agencia Judía, en el Perú. Yo le hice muchas preguntas respecto de los estudios en su país, y lo primero que me dijo es que para estudiar en la Universidad Hebrea yo debía antes dominar el hebreo.

Le dije que sabía un poco de hebreo, y le mostré mi cuadernos de ejercicios relativos a la conjugación del verbo hebreo, y él vio que yo podía hablar un poquito, porque había estudiado con la serie de textos *Elef Milim*, producidos por el Dr. Aharón Rozen. Por entonces había empezado con el tercer volumen, *Elef Milim Guímel*. Entonces me dijo:

—No podrás estudiar en la Universidad Hebrea si antes no apruebas los exámenes de hebreo del programa del Ulpán Ha-Qáyits (la Academia de Verano) de dicha universidad.

Le dije que participaría en dicho programa, para lo cual llegaría a Israel con la debida anticipación. Por supuesto, le hablaba de este modo porque mi padre ya había hablado conmigo diciendo: “Si es allá, haremos todo lo posible.” Se refería a que si se trataba de que yo estudiara en Israel él haría todo lo posible para apoyarme.

* * *

Desde que conocí al Sr. David Federman fue cimentándose una gran amistad de maestro-discípulo, y él se comedió a hacer los trámites para mi viaje a Israel y mi ingreso a la Universidad Hebrea por medio del correo diplomático y la Embajada de Israel.

Más adelante, cuando los trámites estaban terminados, el Sr. David Federman me dijo:

—Ahora tomemos un taxi, y llévame a tu casa para que yo conozca a tu papá.

Llegamos a las inmediaciones de nuestra casa en la calle Saenz Peña, en el distrito de La Victoria.

El diplomático israelí juzgó que no era prudente visitar de sorpresa nuestra humilde vivienda en ese distrito caracterizado por su hacinamiento. El me dijo, en la esquina:

—Yo te espero aquí, a la vuelta de la esquina, y tú ve a tu casa y llama a tu papá.

Y al taxista le dijo:

—Y usted, por favor, espéreme para llevarme de regreso a casa.

Corrí a mi casa y le dije a mi papá:

—El Sr. David Federman está en un taxi a la vuelta de la esquina y quiere conocerle.

Mi padre salió acelerando el paso, casi corriendo, a pesar de la leve cojera que le quedó desde su trágico accidente que sufrió el año en que yo nací, y jadeando saludó respetuosamente al diplomático israelí.

Fue una entrevista muy breve al lado del taxi.

El Sr. David Federman le dijo:

—Ahora que su hijo viajará pronto a Jerusalem, yo sólo quería conocerle a usted. Yo quería decirle que en Israel yo le seré a él por padre, y el será para mí un hijo.

Mi padre expresó su agradecimiento. Estaba tan emocionado que a duras penas disimulaba las lágrimas que humedecieron sus ojos. Luego, los dos hombres se dieron la mano, y el Sr. Federman y yo volvimos a subir al taxi de regreso a su casa en la calle Trinidad Morán.

* * *

Como en todos los tiempos, la gente de todos los países tiene sentimientos encontrados respecto de Israel. Pero mi padre, a quien jamás en la vida le vi con una Biblia en sus manos, ni cerrada ni abierta, tenía gran admiración por el Estado de Israel. Por eso, en el fondo de mi corazón no dudé de la bondad de la respuesta que daría cuando le dije que quería estudiar allá: “Si es allá, haremos todo lo posible.”

Pocos días después, con mi padre y mi hermana Elena fuimos a la Compañía Naviera Reiseer y Curioni para adquirir mi pasaje hasta Nápolis, en Italia, en el barco Giuseppe Verdi. Y en Nápolis abordaría el barco israelí, Molédet (que significa “Patria”), rumbo al puerto de Haifa, en Israel.

* * *

Al llegar a Jerusalem, una vez en casa de mi más grande maestro y padre, David Federman, le cuento a su esposa:

—En Nápoles, yo estaba en el muelle al final de una fila de gente de una cuadra de largo, esperando para abordar el barco israelí Molédet. Entonces un muchacho Israelí de pantalón corto y de sandalias *tanajiót* (bíblicas) recorrió toda la fila mirando a la gente, y cuando me vio a mí, me pidió mi pasaporte y me dijo: “Tú, toma tu maleta y sígueme.” Yo le seguí remolcando mi maleta, y él me condujo a la cabeza de la fila, hasta la mesa de control junto a la escalera de acceso al barco. El mismo selló unos papeles, y devolviéndome mi pasaporte me dijo: “Ahora sube al barco.” Entonces subí al barco en primer lugar ante la vista asombrada y el silencio de todos en la fila.

Y ella me respondió:

—Lo que ocurrió es que cuando nosotros pasamos por Roma, al venir a Israel, David dio instrucciones acerca de ti a su gente en Nápoles. A la verdad, te estuvieron buscando para llevarte al hotel que te tenían reservado, y para llevarte a comer, pero no te encontraron en el barco italiano, porque ni bien llegaste a Nápoles te fuiste con el Marcelo Jaitín de paseo a Pompeya.

* * *

Al siguiente día de mi llegada a Jerusalem, el señor David Federman me llevó a presentarme en la Universidad Hebrea de Jerusalem a los directivos del Ulpán Ha-Qáyits o Academia de Verano de la Universidad. Allí me tomaron un breve examen de conocimiento de hebreo para saber en qué nivel del Ulpán me pondrían.

Debí haberlo hecho bien, porque me pusieron en Kitáh Guímel, es decir, en el Tercer Nivel, de los cuatro que tenía el programa.

Al final del verano aprobé el examen de hebreo y tuve mi entrevista personal para mi ingreso a la Universidad. De este modo, después de transcurridos sólo tres meses de mi

llegada a Jerusalem, pude escribirle a mi padre en Lima para darle la grata noticia: “¡He ingresado a la Universidad Hebrea de Jerusalem, a la Facultad de Arqueología!”

Cuatro años después, ante un jurado presidido por el Gral. Yigael Yadin, aprobé los exámenes finales de grado.

* * *

Mi padre, que siempre guardaba silencio, no se contuvo cuando se trató de escribirme cartas. Todos los años que estuve en Israel constantemente me alimentó y me hizo compañía con sus frecuentes cartas en que mayormente compartía conmigo las noticias de la familia y del Perú. Yo, por mi parte, hacía lo mismo escribiendo mi diario y detallando mis recorridos de estudio por las tierras bíblicas, y muchas otras experiencias en la universidad.

Años después, de vuelta a casa, él me recibió, de nuevo con su acostumbrado silencio, y me sorprendió gratamente al entregarme un voluminoso folder forrado que era el archivo de todas mis cartas que le había escrito, todas ordenadas por fecha. Y no sólo hizo eso, sino que me entregó la colección de todas las estampillas de Israel que yo había pegado en los sobres de mis cartas. Realmente no me imaginaba haber escrito tanto.

* * *

Al mirar ese folder después de haber pasado muchos años de su partida al mundo del silencio absoluto, me doy cuenta que el silencio de la boca no es lo mismo que el silencio del alma.

El silencio del alma da el impulso para reflexionar y escribir, y compartir con los demás, las cosas más valiosas de la vida. Y todavía me pregunto si este tipo de silencio, el silencio que piensa, el silencio que actúa, es lo que hace a una persona un librepensador, como él decía que era.

Sólo lamento que él partió a la presencia del Señor antes de ver que yo me convertía en el Revisor Principal de la Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA), en el Editor de la *Biblia Decodificada* y en el editor de la Biblioteca Inteligente en Internet.

* * *

Volviendo a hablar de mi papá David, mi padre en Jerusalem, tengo que referir la siguiente anécdota, tan conmovedora.

Cuando terminé todos mis exámenes de grado en la Universidad Hebrea de Jerusalem, así como en la defensa de mi Tesis de Grado, faltando sólo el Acto de Graduación, yo tuve que volver a casa en el Perú. Yo no podía resistir más la nostalgia por mi familia, y esperar algunos meses para la graduación me era algo muy difícil.

Volví al Perú, y la Sra. Reina Federman, la esposa de David, me prometió que llegado el día de mi graduación, ellos asistirían en mi lugar para recibir mi Diploma. Y lo hicieron, y en un tubo de cartón me enviaron mi Diploma más mis Records de Estudios.

Realmente me quedo sin palabras al constatar la exactitud y la fidelidad con que las cosas se hacen en Israel.

* * *

Años después, sabiendo que David se encontraba enfermo, viajé desde el Perú para visitarle en Jerusalem.

Llegué a su nueva casa en Talpiót oriental y me abrió su esposa, Reina.

Le pregunté:

—¿Dónde está David?

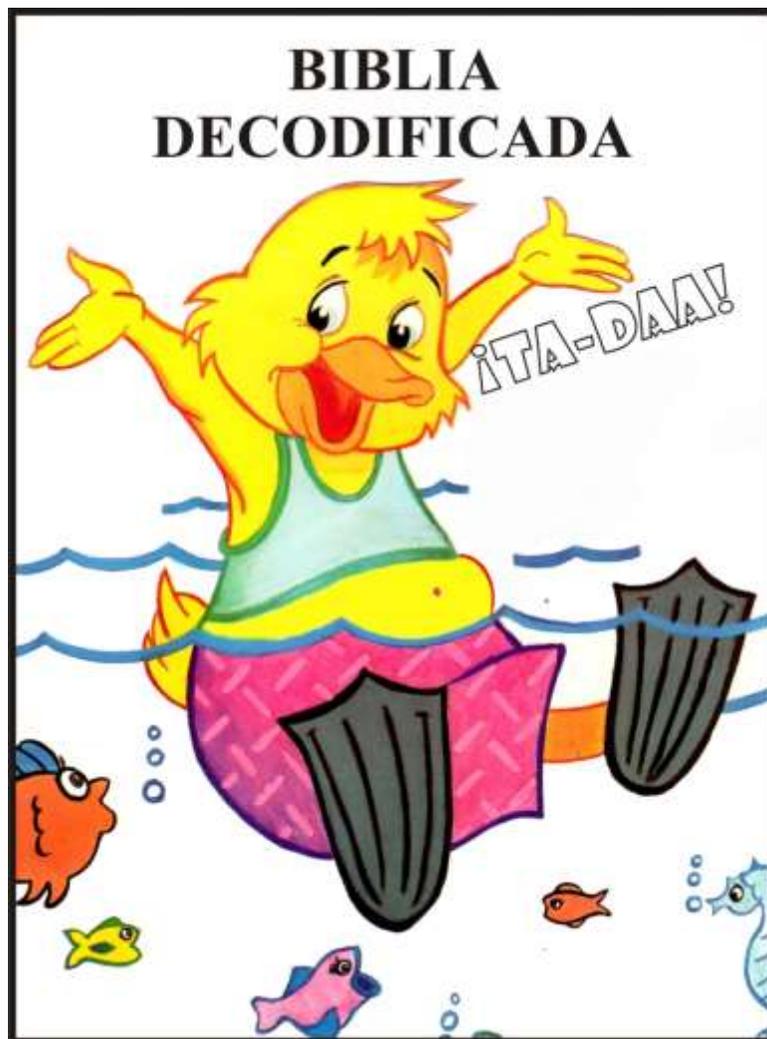
Ella me señaló con un movimiento de su cara el lugar de la sala donde él estaba sentado en su sillón mirando por el ventanal hacia las flores del jardín.

Fui por detrás y abracé su cabecita, y le dije:

—¿Cómo estás, David?

El se llenó de alegría y respondió:

—Ahora estoy bien, ¡porque llegaste tú!



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ



[Biblioteca Inteligente | Biblia Decodificada | Biblia RVA | Separatas Académicas | Antologías de Historias Cortas | Estudios Universitarios | Contacto]

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
 PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a todo lo demás!

¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!



¡Caminando por la Vida!



**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
 DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
 Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651